FRAY MOCHO



LAS INTERPELACIONES

—¿No van hoy al colegio?
—Hacemos rabona.
—¿Por qué?
—Porque cuando nos van a preguntar algo, no entramos en clase.

FAROLA

EL HOGAR MODELO
brilla por su limpieza
SU CASA

TAMBIÉN BRILLARÁ
SI EMPLEA Vd. el

LIMPIADOR FAROLA

LIMPIA y PULE:

Cubiertos, Cuchillos, Utiles y Baterías de Cocina, Vajilla, artículos de Bronce y Níquel, Heladeras, Cafeteras, Baldes, Vidrios, Cristalerías, Ventanas, Cocinas, Azulejos, Mármoles, Bañaderas, Lavatorios, etc., etc.

EN VENTA EN:

GATH & CHAVES, FERRETERIA FRANCESA y en todos los buenos Almacenes, Bazares y Ferreterías.

ARMOUR and COMPANY
CHICAGO ILL. U. S. A.

Representante:
Frigorífico Armour de La Plata
Sociedad Anónima

VENTA AL POR MAYOR
666, AVENIDA DE MAYO, 670
Buenos Aires



FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 11 de marzo de 1919 — Núm. 359

¿Qué sucederá el 23?

Mientras el carnaval de los pobres, con su Momo infeliz, bullanguero y aporreado, acaba de morir en un bostezo enorme de universal cansancio, echando a la basura la careta rota y los jirones del disfraz, vuelve a su acostumbrado esplendor el carnaval de "los otros", en que no se gasta agua de pomos ni papelitos de color, sino zumos de alacrán, latas envenenadas y papelones personalistas.

Ya antes de empezar la algarada callejera, cundió por los comités la agitación propicia al gran baile del 23. Los graves calculistas de la Casa Rosada, los muchachos revoltosos de Araya y Tamborini, los empedernidos regeneradores de Zaldúa, los chicos de Cantilo, los nenes de Casás, que tan buen rato dieron a la familia el 13 de noviembre; todo el mundo, en fin, que acapara desde hace tres años los mejores disfraces de la plaza, se pasó la voz para acicalarse, componerse y exhibir en tres supermascarones los tres candidatos al premio en el inminente torneo de la semana que viene.

No ha sido fácil acomodar los pareceres de tanto arrogante comparsa. Mientras el mayor número, con la candidez habitual de las multitudes, estaba por lo vistoso e imponente, y quería mascaritas con programa, bonetes de profeta y varitas de virtud, los veteranos de los bailongos de Balvanera, endurecidos en el arte, preferían tipos grises, de contados cascabeles, labia necrológica y un buen acordeón en el espinazo, en vez de la incómoda baqueta de fusil que ostentaban los del otro bando.

¿Que quiénes triunfaron? El resultado es dudoso. En toda partida grande entre Faustos y Margaritas — como diría don Julio Costa — la literatura de los románticos absuelve a la pobre seducida y la proclama triunfadora en el mundo moral; pero a Fausto, al viejo Mefistófeles, mejor dicho, ¿quién le quita su victoria terrena, las horas de venenoso deleite plácidamente gastadas como dueño y señor de lo que nunca debió pertenecerle?

Por lo demás, todo esto tiene poca importancia. El disfraz de ángel o el de demonio, por mucha eficacia que se le atribuya, resulta un factor mediocre de éxito, cuando se piensa que en la sonada función del 23, a lo mejor, habrá que presentarse como los demás competidores, con la cara limpia y las ropas de trabajo...

¿Y entonces?

Decididamente el carnaval político regenerador está en decadencia...

La intervención de Mendoza

No es sencillo para la opinión imparcial, atinar con los misterios políticos de que vive rodeada. En materia de intervenciones, sobre todo, el criterio se perturba, la razón se extravía y la contradicción y el desconcierto pugnan por volver loco al infeliz que pretende descifrar el logogrifo. Un día, en Tucumán, el gobernador arma un escándalo mayúsculo; echa a la calle a los legisladores, secuestra a un diputado nacional; se alza contra los jueces; en fin, pone a la provincia patas arriba. Otro día, en Mendoza, su distinguido colega y correligionario, por no ser menos, destierra periodistas, arrambla con la legislatura, destituye a los magistrados, declara loco al vicegobernador, y, como se ve, su conducta no difiere mayormente de la de aquél.

Pues bien, mientras en el primer caso la intervención nacional casi no encuentra reproches que hacer y concluye por dejar más afirmado que nunca al feliz mandatario; en el otro, todo se vuelve echar por tierra las pintorescas iniciativas del señor Lencinas, reponiendo jueces, devolviendo el juicio a su segundo, y haciendo cosas tales, que hasta se susurra un desenlace funesto para la continuidad en el mando del glorioso montañés.

A la verdad, la partida no es pareja. ¿Cuál de los dos sistemas pertenece realmente al gobierno central? ¿O le pertenecen los dos?

Por lo que hace a la opinión pública, sin perjuicio de la estupefacción que le despierta tamaña desigualdad, se halla realmente satisfecha del doctor Veyga, quien no sólo ha reintegrado en sus cargos al desposeído vicegobernador, don Delfín Alvarez, con desagravio manifiesto de la cultura mendocina, y a los miembros del poder judicial, escandalosamente desconocidos en sus fueros, sino que, con mucho tino, ha devuelto a las Damas de la Sociedad de Beneficencia la administración de su instituto, también víctima, y esta vez inexplicable, de la fiebre de arrasamiento que el increíble héroe de Cuyo padecía.

Ahora no falta más que el desenlace. Y aquí reaparecen las incógnitas y las dudas...

VERANEO HUMORISTICO



Los conciertos del Club Mar del Plata — Dib. de Alió.

SALUTACIÓN

A AMADO NERVO

El ruiseñor del trópico ha cruzado el Atlántico
y pronto en nuestras playas resonará su cántico;
los ríos rumorosos le darán su canción;
y el viento de las pampas, el viento que arrebata
las rosas en la noche, dará su serenata
al excelso maestro, como salutación!

Que en un eco tan sólo se adune el eco regio
de los Apolonidas, y den su canto egregio
al rey del ritmo de oro, autor de "Plenitud",
que viene a nuestro suelo para tender el vuelo.
Su estro bajo el largo crespón del alto cielo
y ofrendar sus poemas a la ideal juventud.

Que llegue en buena hora el creador de armonía
en su carro triunfal, con la diosa poesía
a este su nuevo templo, a soñar, a cantar;
ríndanle los poetas selectos, sus blasones,
y murmure en las almas sus sublimes canciones,
como el himno del mar!

Bienvenido poeta, a esta tierra fecunda
donde el beso de Febo a los surcos inunda,
a esta tierra en que niño mil visiones forjé;
bienvenido maestro, con tus sueños dorados
y tu lira inmortal y tus sones alados
y tus cantos de fe!

Félix B. VISILLAC.

El candidato demócrata y los socialistas

Después de algún tiempo de voluntario retiro, resurge a la política activa el doctor Lisandro de la Torre, no con un hecho cualquiera de los que lógicamente podían esperarse de su robusta mentalidad, sino con algo más importante y definitivo, con un documento que le consagra leader de las mas adelantadas y sabias ideas de gobierno en la época extraña que atravesamos.

En medio del divorcio casi absoluto entre lo intelectual y lo político, cuando la fraseología imperante amenaza hundirnos cada día más en un abismo de ridículo, esa nota de aceptación a la candidatura senatorial es un alivio para la mente, y su concepto claro, viril y patriótico de la actualidad del país, es un reconfortante para la conciencia ciudadana.

El doctor de la Torre debe llegar al senado. Su progama es el programa de todos los argentinos que desean ver resueltos en la república, dentro del orden, los problemas sociales y económicos que con toda urgencia exigen las solución justa y científica de sus incógnitas.

Muy acertada ha sido también en el sentir general, la designación de los candidatos socialistas.

Las eternas vacantes

Nada tan parecido al despilfarro como la excesiva economía; nada más lejos de la paz que la famosa paz de Varsovia.

So pretexto de parquedad en los gastos del erario, el gobierno mantiene inocupadas numerosas e importantes plazas de la administración. Desde la presidencia del banco oficial a varias subsecretarías de ministerio, los claros en las primeras filas burocráticas, llaman poderosamente la atención, no sólo de los adversarios, sino de los mismos amigos del gobierno, quienes no se resignan a aceptar por buena, la socorrida explicación de las economías.

Los maldicientes llegan a pensar que esas posiciones se dejan ahí, baldías, con el designio maquiavélico de tantalizar a los partidarios inquietos. Hay muchos que conociéndose madera de candidatos, serían capaces de cometer una locura—la de juntarse a Baulito Villanueva, por ejemplo—si se les despojara de sus "legítimas" esperanzas mediante un nombramiento intempestivo en cabeza ajena. La filosofía del asunto consistiría en que el mejor medio de contentar a todos, es no agraciar a nadie...

Aun dando de barato que el juego (en la suposición de que así pueda llamarse) no resulte contraproducente para sus autores, hay algo que está por arriba de tales cálculos, y que hasta supera a la misma invocación de las economías, pues implica olvidar lo inolvidable en materia legal y constitucional.

No seremos nosotros quienes abogaremos por el cumplimiento estricto de un presupuesto recargado; pero desde que existe, la única forma legítima de negarlo es la de propender inmediatamente a su reforma.

Lejos de ello, el P. E. se ha opuesto terminantemente a la supresión definitiva de numerosos cargos que no llena. ¿Por qué? Si los maldicientes no tienen razón ¿dónde está la lógica de este gobierno que se dice respetuoso de las leyes y en ello cifra lo mejor de su programa?

Moneda falsa

El partido cuspideante o sea la Unión Cívica Radical, ha movilizado un pintoresco lote de empleados públicos para reforzar con ellos el franciscano elenco de oradores de las reuniones callejeras de propaganda. Hay de todo como en botica. Desde el tinterillo que aspira a un ascenso, hasta el médico de la Asistencia Pública que apunta a la dirección de un hospital ejemplar. Por descontado que imperan los lenguaraces. Mas, esto del léxico notorio sería pienso de otro morral. Lo grave es que la ley electoral prohibe esas culminaciones de jarabe de pico a los que meriendan en el presupuesto nacional o edilicio, artículo tal, inciso cual. Señor presidente del comité de la capital de la U. C. R.: ¿quiere usted molestarse y hacerlos retirar de la circulación?

EL NARANJO

Transplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos.

Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que concentrando en los ojos una reflexiva belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste.

En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores, tan tempranas, que parecía darlas a destiempo y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco a poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de las hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariño de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en fuerte arbusto, y por último, un invierno benigno y una primavera mejor, le transformaron en arbol mangítico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos septiembres que le traían las golondrinas de Europa.

Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias les sirvieron los azahares de sus ramas.

Ya hombres, entregaron a sus hijos las cuatro o cinco naranjas que producía y de que ellos lo habían despojado, con el mismo placer y a la misma edad. Varios ataúdes desfilaron después al pie de su tronco.

Su sombra cayó furtiva sobre la negrura de los ébanos. El también se despedía, armonizándose con los viejos retratos que presidiendo la vida luctuosa o alegre, se impreganaban de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido camarada, cuando empezó a reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otros tiempos; y más triste ante el rastro de los pies que ya no corrían. Sus pocas hojas que mostraban un verdor intenso obscurecido, sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse, su amarillo no llegaba a convertirse en oro; con un dejo del verde anterior, diríase entrecano, y dejábase arrebatar sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el recuerdo de la frondosa de otro tiempo le hizo romper su entraña, imitando a los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Se le sostuvo con un barrote, y apoyándose en ese báculo suavizó la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. A un niño se le ocurrió entonces el querer mandarlo al Paraguay, para que reviviera en hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingénua del sentir. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó allí una glicina; y la muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, reminiscencia del cielo cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente.

Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos a la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol de la casa, había, con el amor de los vivos, el recuerdo del espíritu de los muertos. Resultando todo inútil para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela negro, y en estío a través de sus hojas, adquirió, fulgurando libre en la noche, inusitado brillo, lleno de fuerza; se le antojaba velar un cadáver invisible.

Después de ese otoño, el árbol reapareció ¡pobre viejo amigo! mezclado a la leña. Se le vió inflamarse en la chimenea como en el corazón de la casa, para transformarlo en viva llama. La muerte del patriarca era digna y gloriosa. Vibrante ráfaga consumió los trozos en un relámpago: júbilos de niños, tristezas de hombres, palabras incomprensibles de antiguas voces, murmuraba el canto del fuego, con el alma de una elegía. Evocaciones distintas, claras, acudían confundiéndose, cual los despojos, en un solo sentimiento, en una común hoguera. A veces se animaban los retratos. Los gentiles hombres españoles y franceses, desconocidos de sus nietos, y las damas de otros siglos, con sus trajes hoy exóticos, transplantados como sus sangres, de Europa a América, estremecíanse al resplandor de los maderos. Creíase que iban a desprenderse de los muros para asistir al sacrificio y mirarle con el pensamiento. Entre ellos se estremecían también los de los muertos queridos, sin tener aún la pátina del tiempo, mas teniendo los colores que les prestaba el recuerdo. En una virazón de llama salieron del fondo de un alto espejo semblantes familiares, ayer en esa luna reales y vivientes, ahora más efímeros y fantásticos que las imágenes pintadas.

El último chisporroteo devoró el último leño. Una tristeza hecha de agonizantes fulgores, se tendió sobre el rescoldo; y la obscuridad de la extinción del fuego, fué mortaja de las cenizas. Los niños, entonces, tomaron puñados de ellas, cual si fuesen las de un muerto sacrosanto... El destino dispersa a veces a los hombres, de modo que los ataúdes de los errabundos no se construyen con árboles que dan sombra a las casas solariegas. ¡Qué importa! Si no todos pueden peregrinar, a semejanza de los Natchez, con los huesos de sus padres; todos deben recoger en el alma esas cenizas. Dondequiera que se plante, la tienda, fecundarán el germen de nuevos árboles, en cuyas hojas habrá frutos y flores, murmurantes con la armonía de las viejas y amadas tradiciones.

Angel de ESTRADA (h.)

AL PASAR

Grácil modistilla, linda y presurosa,
¿qué cosas te han dicho que así, ruborosa,
se ha puesto tu cara de fino marfil?

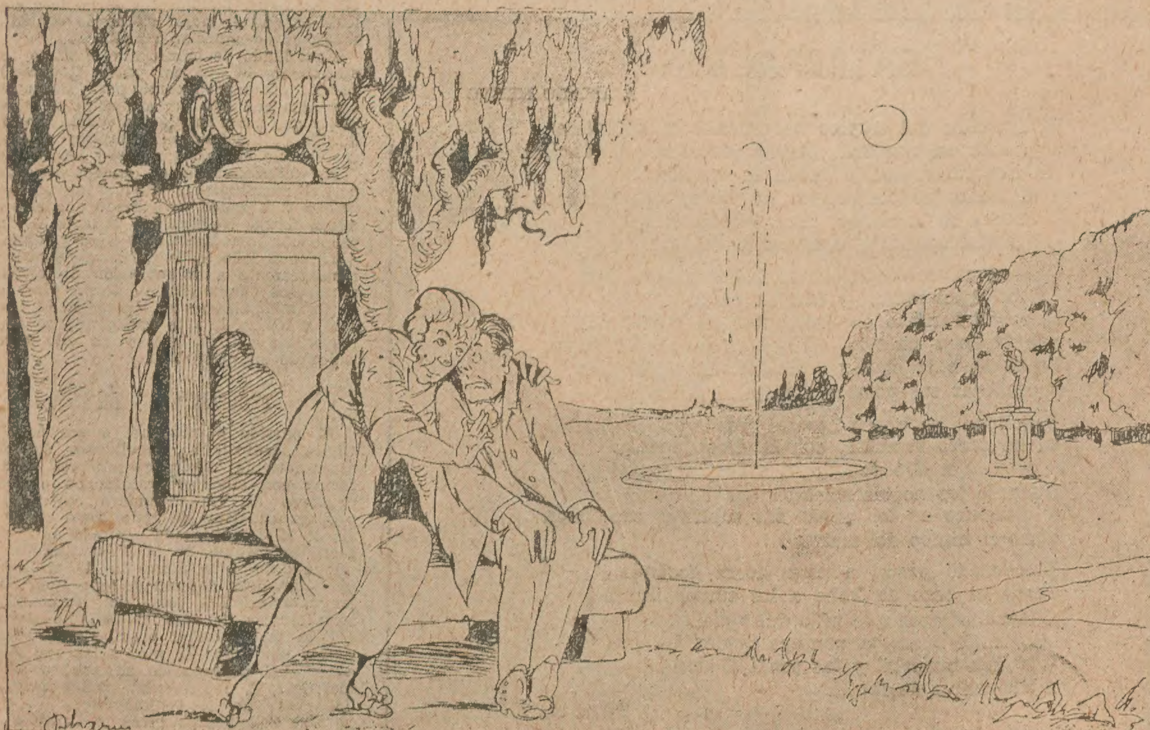
¿Qué cosas sentiste, muchacha parlera
que te han producido esa agitación?
¿Qué boca malvada murmuró a tu vera
mintiéndote acaso alguna emoción?

Linda "midinette", de pasos de hada,
que vas por la acera, tan apresurada
hacia la casita del triste arrabal;

¡a tu paso nacen tantas ilusiones
y llevas prendidos tantos corazones
en tu pollerita de fino percal!...

ENRIQUE OSES.

LA HORA ROMANTICA



—¿No sientes la dulzura de esta calma? ¿no sientes la belleza de esta noche? ¿no sientes?...
—Las horquillas que me clavas en un ojo.

Partículas detonantes

Ved a ese anciano en la opulencia. Ha ganado su riqueza a fuerza del ímprobo trabajo de su larga vida.

Ved a ese otro viejo desvalido, en la miseria más espantosa. Ha ganado su pobreza a fuerza del ímprobo trabajo de su larga vida.

El primero trabajó. Es cierto. Pero cientos y miles de obreros trabajaron además para él, quedándose con una parte alícuota de su salario.

Así se enriqueció.

El viejo desvalido fué uno de sus obreros.

El dinero sin el trabajo sería un factor inútil en la sociedad; sin embargo, es lo general que el que trabaja no tiene dinero y el que no trabaja es el señor y dueño de todas las cosas.

El dinero es, pues, trabajo acumulado por los trabajadores para que gocen de la vida los que no trabajan.

El fracaso de los políticos todos está en que atacan el mal en sus efectos y no en sus causas, sin añadir que muchas veces ellos mismos son las causas.

¿Qué es la pena de muerte? Una cuestión de competencia. La justicia, para castigar un crimen, no vacila en cometer otro con toda premeditación, alevosía y circunstancias agravantes, pero en nombre de la sociedad, para que la culpa del nuevo crimen quede mejor repartida.

Hay muchos ilusos que piden, para el bienestar humano, nada menos que el desarme general de las naciones y la supresión de las fronteras.

Y se fundan en que sería la humanidad más dichosa, si nos tendiésemos las manos en vez de procurar neciamente hacernos daño.

Y añaden que las utopías de hoy son las realidades de mañana, pero se callan, ¡qué armamentos tan colosales serían necesarios para imponer el desarme general!

José BRISSA.

EN LA HORA DEL TRIUNFO



El francés, bromista; el inglés, flemático; el norteamericano, risueño; el italiano, orgulloso.

LA SENDA DEL AMOR

I

Poeta.—Todo mi pensamiento érais vos al componer esta comedia; no fué tortura del ingenio, sino expansivo desbordar del corazón; ni Aristóteles ni nuestro buen Boileau me impusieron su preceptiva rigurosa; toda mi retórica, todo mi arte, fueron vuestros ojos, donde juegan burlones los amores; vuestros labios, que niegan, crueles, los besos a que incitan; la luz color de rosa que ilumina vuestra blancura; vuestras manos que imponen respeto a los abrazos, pudorosas como de santa virgen; los rizos que risotean el oro juvenil bajo la postiza severidad empolvada, como chicuelos traviesos que se burlan del ayo burlón. Escuchad, marquesa: el ingenio sólo puso sobre el amor en mi comedia algo así como el lunar que oprimís entre vuestros dedos, dudosa de si el adorno añadirá o quitará un encanto a vuestra hermosura...

Marquesa.—Dudosa al colocarlo, tomad, a vuestra elección lo dejo... Y empiece la comedia.

II

Leandro.—No tiembles. Está muerto.

Celia.—¿Qué hiciste?

Leandro.—Me disputaba tu cariño...

Celia.—¡Un hombre muerto! ¡Por mí! ¡Y unos viejos que lloran por nosotros!

Leandro.—Se oponían a nuestros amores... No recuerdes, Celia mía. Mírame, habla o calla; pero nuestras palabras o nuestro silencio sean sólo de nuestro amor... Nadie nos sigue, nadie llegará hasta aquí. ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor! (Entra Polichinela).

Polichinela.—¡Oh, loco, loco y desatentado joven que así desoyes la experiencia y quieres padecer por ti mismo la vida que otros hemos padecido para que tú lograras el fruto... Vuelve en ti...

Leandro.—Vuelve al demonio, viejo consejero, con tu experiencia. (Le mata.)

Celia.—¡Leandro!

Leandro.—No vuelvas a mirarle... (Isabela entra).

Isabela.—¡Ah, Leandro, Leandro! ¿Crees amar por vez primera? Repites la lección que conmigo aprendiste... No, no dirás nada nuevo... ¿Te acuerdas? Las mismas frases vulgares, que entre nosotros al principio parecían sagradas, como de rito misterioso, porque un destello celestial las animaba... Después... eran cuerpo sin alma, oraciones sin fe, rito sin creencia... Extinguido el amor, te amo; parecía más indiferente que cuando el amor, con divina apoyadura, pronunciaba palabras insignificantes... ¡Hermosa noche! El rey está enfermo. Madame Du Barry ha cambiado de amante... ¡No lo olvides, Celia, no lo olvides!...

Leandro.—¿Y merecías amor eterno? ¡Mujer engañadora, cruel, falsa!...

Isabela.—¡Sí, todo eso!... ¡Así muero por ti!... (Desaparece).

Celia.—Corre hacia el lago... se acerca a la orilla... ¡Leandro!... ¡Huye de mí!...

Leandro.—¡No, Celia mía!

Celia.—¡Déjame! Por mí lloro más que por ella... Juraste amor eterno...

Leandro.—Faltó el amor, alma del juramento; porque mi alma es sólo tuya, tuya por siempre...

Celia.—¡Así la dirías tantas veces! Déjame llorar.

Leandro.—Llora, sí; dulces besos los que pueden secar lágrimas... Pero no temas, sígueme... ¡La vida entera, el mundo entero para nuestro amor!

Celia.—Es imposible nuestra felicidad. ¡Tanta sangre, tantos muertos, tantas lágrimas!

Leandro.—¿Sabes de alguna dicha que cueste menos?

III

Poeta.—¿Qué os ha parecido mi comedia, marquesa?

Marquesa.—Los muñecos son muy graciosos, y muy lindamente vestidos, y el bribón de vuestro paje se da muy buena maña para manejarlos... ¿Qué edad tiene?

Poeta.—Diez y seis años.

Marquesa.—Pues da mucho sentido a lo que dice. Le aseguro buena suerte con las damas... ¿No lo creéis?

Poeta.—No, porque mañana le envío a su pueblo...

Marquesa.—No, porque desde hoy le tomo a mi servicio... ¿No es esa la moralidad de vuestra comedia? En la senda del amor no debe una detenerse por los muertos...

Poeta.—Pues a vivir, marquesa...

Jacinto BENAVENTE.

Tradición indú

Vashni, el pescador, fué a ver al dios Vishnu, que era patrón de barca.

—Quiero aumento de salario.

Vishnu rióse de él y no le hizo caso. Pero al día siguiente el pescador se presentó otra vez.

—Quiero aumento de salario.

—Amigo mío, ¿cuántas veces piensas venir a molestarme diciéndome lo mismo?

—¡Hasta que lo consiga! —fué la porfiada respuesta.

—Entonces,—exclamó el dios—mereces ser mujer.

Y golpeando el suelo con el pie convirtió al pescador en mujer. Anda por ahí.

Diario útil

En la India se publica un diario impreso en un pedazo de género blanco del tamaño de un pañal. Una vez leído, se lava el "diario" que entonces puede ser reimpreso o usado como género.

Uno que no supo de la guerra

En lo más abrupto de las Montañas Rocosas, a veinticinco millas de las Surgentes de Pagosa, un funcionario norteamericano llamado William J. Mc Clelland, ha encontrado viviendo en una caverna a William Hardick, "el hombre misterioso de las montañas", viejo de sesenta y cinco años que desde hace cuarenta ha vivido completamente separado de la civilización y que, por consiguiente no tuvo la menor noticia de la gran guerra.

Durante cuarenta años, ningún habitante de la región vió a Hardick, excepto un tal Latham, dueño de un rancho a once millas del lugar en que se refugia "el hombre misterioso de las montañas". Y, cosa curiosa, a pesar de haber roto relaciones con sus semejantes, el viejito ha sido buscado en su salvaje retiro, en nombre de la ley: el fisco lo ha demandado por ser dueño de una numerosa tropilla de potros que pacen en terrenos fiscales sin que su dueño haya obtenido permiso o pagado derechos.

Su caverna está situada en el paredón de una quebrada y en lo más denso del bosque montañés; ningún sendero la delata y altos pinos y cedros que crecen en sus cercanías la hacen más escondida:

Después de dos días de viajar por el bosque casi a la ventura y no sin peligro a causa de una tempestad de nieve que le sorprendió, el oficial de justicia Mc Clelland, logró dar con la morada del solitario. Vióse en presencia de un anciano de espesas barbas y cabellera gris y de cara completamente negra, sin duda por no haber conocido el placer de un baño durante muchos años. Ni siquiera se sospecha cómo y de qué ha podido vivir tan largo tiempo. Tenía un rifle pendiente de un hombro cuando lo vieron salir de su caverna arrastrándose de pies y manos, pero nadie se explica en qué forma obtenía la munición para el arma. Interrogado, repuso que la última vez que había visto un semejante, fué hace cinco años, en que, al finalizar un invierno cruel, careció por completo de los alimentos naturales que recoge en el bosque y se vió forzado a visitar el rancho de Latham, en busca de víveres.

La encargada de correos de las Surgentes de Pagosa, nacida en la localidad, manifiesta que nunca había visto al hombre misterioso, aunque en el pueblo corría la tradición de su existencia. De vez en cuando llega a la oficina una carta dirigida a William Hardick. Esas cartas nunca han sido reclamadas.

Al ser descubierto Hardick vestía un traje harapiento, remendado en algunas partes con pedazos de cartón. Se supone que este cartón procede de las envolturas de paquetes que tiran los turistas que durante el verano visitan la parte más accesible del bosque.

En cuanto a los caballos salvajes, Hardick dice que cuando se interno en el bosque resuelto a no salir más de él, poseía unos cuantos animales finos, a los que dió libertad. Esos animales se han multiplicado y vuelto al estado salvaje, de tal manera que Hardick no tiene ningún dominio sobre ellos, auque reconoce que le pertenecen. Por otra parte, agrega, los animales están dispersos y desde hace veinte años no se ha acercado a ellos para contarlos. Supone, sin embargo, que su número debe ser asombroso.

Respecto al caso judicial que ha ido a sacarlo de su cueva, el hombre se expresa en forma que revela cierta cultura; expone con energía argumentos bien fundados, demostrando que el procedimiento es ilegal, y en último término declara que él mismo está fuera de la ley y manifiesta resueltamente que no irá ante un tribunal.

En las poblaciones cercanas circulan antiguos rumores respecto a ese hombre misterioso cuya existencia se sospechaba. Dícese que fué hace cuarenta años un hombre de cultura y de riqueza que trastornado por un desengaño amoroso, huyó a los bosques.

Cómo mata el anís estrellado venenoso

El doctor Luciano P. J. Palet, que fué designado por los tribunales para informar acerca de la toxicidad del anís estrellado, procedente del Japón, que causó desgraciadamente la muerte de algunos niños, realizó, entre otros, los siguientes experimentos, que demuestran el terrible efecto de esa substancia en agunos animales.

Se preparó—dice el doctor Palet—con dos estrellitas y cincuenta centímetros cúbicos de agua, una infusión acuosa en agua hirviendo. Decantado el líquido, fué inyectado en la cantidad de 5 centímetros cúbicos, a una rata blanca de 80 gramos de peso, por vía subcutánea, en la región abdominal. En los cinco primeros minutos no presenta anormalidad alguna, luego demuestra visible inquietud, no camina, busca los rincones y se queda inmóvil en ellos. A los veinte minutos de observación, parece estar sumergida en un estado de somnolencia y de estupor. De improviso, el pelo se le eriza, comienza una fuerte agitación, parece hincharse, estira y abre el tren posterior y se producen las primeras convulsiones: la cabeza hacia arriba, en arco hacia la cola, y ésta última rígida y levantada, inicia un curioso movimiento de derecha a izquierda y viceversa... Mientras tanto, comienza a correr, como si estuviese nadando, dando pequeños saltos de tiempo en tiempo, algunos hasta de 10 centímetros de alto; a veces gira en círculos, otras corre vertiginosamente, arrastrándose en sus convulsiones hasta chocar con la pared o muebles del laboratorio; luego cede, permanece un rato tranquila, alrededor de cuatro o cinco minutos, para volver a comenzar. Este proceso es largo, dura 40 o 50 minutos y muere en medio de convulsiones tónicas, con contracción de los miembros.

Un conejo de 1300 gramos de peso, recibe 20 centímetros cúbicos de una infusión de cinco gramos de anís estrellado clasificado como tóxico (el Illicium religiosum), en inyección subcutánea. Durante la primera hora que sigue a la inyección, apenas camina, el hocico está arrimado al suelo, como si estuviera oliendo algo. A los 65 minutos es presa de una violenta convulsión y acostado de lado gira vertiginosamente, con la cabeza levantada en arco hacia la cola. Dura este acceso de 8 a 10 minutos, luego cede y comienza una segunda fase análoga a la de la rata del primer experimento.

Las cucarachas cantoras del Japón

Una de las curiosidades de las casas japonesas, lo mismo en las de los ricos que en las de los pobres, es la minúscula jaula de fibras de bambú, de 4 a 5 centímetros en cuadro, que sirve de vivienda a una pareja de cucarachas cantoras, a las que los japoneses llaman poéticamente "fuku-muchi" o campanillas de la dicha, nombre mucho más poético que el de cucaracha que nosotros le aplicamos.

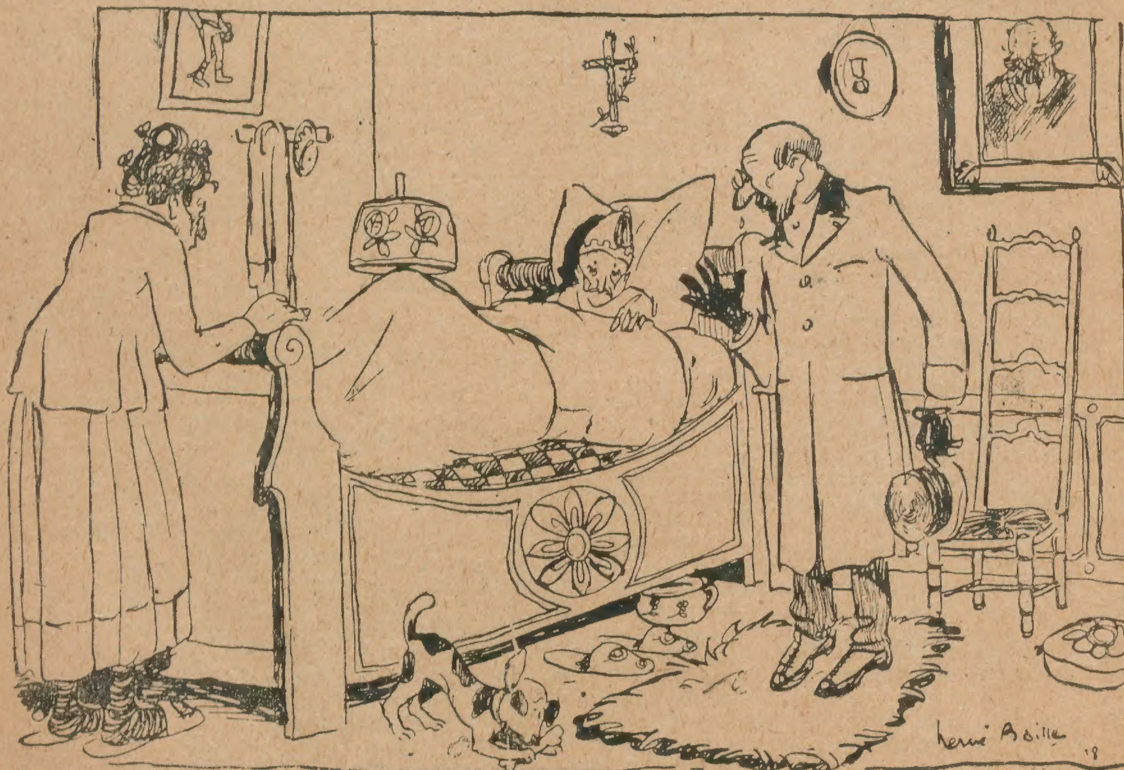
Sólo "canta" el macho, pero apresurémonos a decir que el término es impropio, porque los sonidos que emite se parecen más bien a los de un timbre metálico que a los que produce la garganta de un pájaro. El que oye por primera vez los sonoros ruidos lanzados por unos cuantos "fuku-muchi" reunidos en un mismo aposento, cree escuchar cierto número de timbres eléctricos de diferente diapasón.

Para ejecutar su canto, el insecto se encarama y se agarra con sus patas a una especie de estrado, dispuesto en la jaula, y sin más preliminares despliega sus élitros y los frota rápidamente uno contra otro. El ritmo del movimiento varía de un individuo a otro, lo cual explica que los cantos producidos ofrezcan cierta variedad en el metro y en el diapasón.

Los japoneses crían este insecto desde tiempo inmemorial, y gracias a pacientes selecciones se han creado variedades muy buscadas por la diversidad y la armonía de sus notas. Hasta se dice que durante mucho tiempo estuvo prohibida bajo penas severísimas la exportación de estas cucarachas, y se añade que existe una variedad, perteneciente a la familia imperial, y que nadie tiene derecho a poseer ejemplares de ella. Lo que sí puede afirmarse es que el antecesor del actual emperador era un celoso coleccionador de "fuku-muchi", y, según cuentan sus familiares, conseguía componer verdaderos conciertos eligiendo los pequeños ejecutantes según su ritmo y su tono.

Estos preciosos insectos se pasan el día cantando, desde la mañana hasta la noche, si se tiene cuidado de renovarles el trozo de hoja de verdura que compone su alimento exclusivo.

DE LA VIDA INTENSA



—¡Ahí tiene! ¡Consecuencias del alcohol!
—¿Alcohol, doctor? ¡Si nunca he tomado más que aguardiente!

Juan Francisco vuelve...

(De la novela "El corazón de María", recientemente aparecida).

No hacía frío dentro del tren, corriendo entre la niebla. Con su halo irídeo, las bombillas eléctricas eran diamantes que fulgían en el engarce denso de la bruma.

Avanzaba el convoy por las afueras de Montevideo... Todo velado, igual, desesperante. Ni el puerto fué posible entrever. El cielo era de un azul casi cárdeno.

Cerca de los rieles, las aguas estancadas parecían charcos de tinta.

Juan Francisco pasó la noche insomne con el miedo a perder el tren. Cuando la camarera fué a llamarlo, se había vestido ya. Le avisaron que estaba el carruaje y no quiso aguardar el desayuno. Iba aturdido, aplastado, acaso un poco febril.

—¡Volver a la estancia!...

Saltaban las ruedas sobre el áspero pavimento de piedra; la desvencijada caja del cupé tenía un zumbido monótono; las herraduras de los caballos sonaban acompasadas...

De tarde en tarde, como un ancho cuadro luminoso, recortábase la puerta de una carnicería. Y el matarife, amplio y coloradote, —en espera de fámulas a quienes servir y lisonjear —doblaba las hojas de un periódico con gesto displicente.

Cruzaron tranvías, repletos de obreros, camino de la dársena.

Cuando llegó a la Central, Juan Francisco, aun estaba obscuro. Peones semidormidos tomaban equipajes en un amplio salón. Dentro de una jaula, deslumbrado quizá por las luces eléctricas, un gallo saludaba el día. Los changadores afluyeron solícitos con maletas y canastas, caídos los mostachos, híspidas sus pelambres, que el cotidiano "madrugón" les impedía cuidar.

Ya en el tren, miró en su torno, confundiendo los saludos. Dejó de sacar el sombrero a gente que hubo de serle presentada y tuvo sonrisas amicales para personas que sólo conocía de vista.

Culpa de su viaje a Europa, donde permaneciera cerca de dos años, ampliando la "cultura profesional".

De nuevo en Montevideo, el aturdimiento —cuando no la emoción— impedíale "hacer memoria". Y saludaba a quienes con más frecuencia vió en calles y sitios públicos, durante sus años de vida estudiantil.

El tren corría entre la densa niebla, semejante a esa superposición de gasas con que se velan en los teatros algunas escenas y cuadros plásticos. Poco a poco, el cielo fué cobrando un claro tinte azul-aporcelanado. Empezaron a destacarse árboles, edificios. Miró su reloj el viajero. Las 6.30. Sucedíanse las parcelas aradas hasta Yatay, donde la vegetación rica y profusa de una quinta, le hizo pensar en Dakar. Las palmeras crecían como con la añoranza de aquel cielo urente, bajo cuya caricia eran los hombres negros, melancólicos y salaces.

Dentro del compartimento, pocos viajeros ponían atención en el paisaje. Los hombres "devoraban" informaciones en los diarios recién impresos, transcendiendo a la tinta tipográfica aún; las vulgares mujeres se distraían, como siempre, con su charla insustancial.

Quiso leer, Juan Francisco. Imposible. Sus ojos veían las líneas escritas, pero a su mente no llegaba concepto alguno. Volaba la imaginación hacia aquella amada estancia del padrino.

¿Qué iba a ser de su vida ahora?

No lo sabía bien. A veces un pesimismo sombrío embargábale, ganando todos los repliegues de su espíritu. Rachas fugaces. Lo más frecuente era que tuviese confianza en sí mismo.

Las últimas cartas de don Mariano, su generoso protector —escritas por María,— hablaban de ponerlo al frente del establecimiento pecuario. Don Mariano, hemipléjico, necesitaba a su lado un hombre capaz y de confianza. Por eso el telegrama, dirigido a Verona, encareciendo la urgencia del regreso.

—¡Ese Lucas debe estar haciendo de las suyas —pensaba el médico-veterinario.

Y aquí los motivos de intranquilidad para Juan Francisco: el hijo de don Mariano, impulsivo, grosero y autoritario, no iba a mirar con buenos ojos la dirección del "advenedizo". Le parecía oirlo:

—¡Estos campos, al fin y al cabo, son míos!... ¿Por qué el "Arisco" me va a pasar por cima!

Desde chicos, fueron diametralmente opuestos. Había un profundo antagonismo en los caracteres. Don Mariano tuvo dos vástagos de su matrimonio con Jacinta Lapetra —la hija menor del artero caudillo de la sección—: Lucas y María, que se llevaban cuatro años.

En el segundo parto, murió doña Jacinta, por lo que la niña fué criada "guacha".

Eran dos arrapiezos que intentaban las primeras diabluras, cuando vieron llegar a "Ombú", con un chico poco mayor que ellos entre los nervudos brazos. Descabalgó el hombrón, inquiriendo con voz desapacible:

—Eh, amigos: ¿no está su tata?

Puso al muchacho en el suelo, como quien descarga un ternero caquéxico, y empezó a liar, en hoja de "chala" prensada, un puñadito de tabaco negro. El cigarro resultó digno del fumador: es decir, imponente.

Vino el peón de la cabaña, que se hizo cargo del caballo:

—A' estos gurises parece que l'han comido la lengua. ¿No está el comendante?

El cabañero dijo que no. Había salido en jira política. "Ombú" tuvo que esperar, haciendo vida común con los peones del establecimiento, dos días.

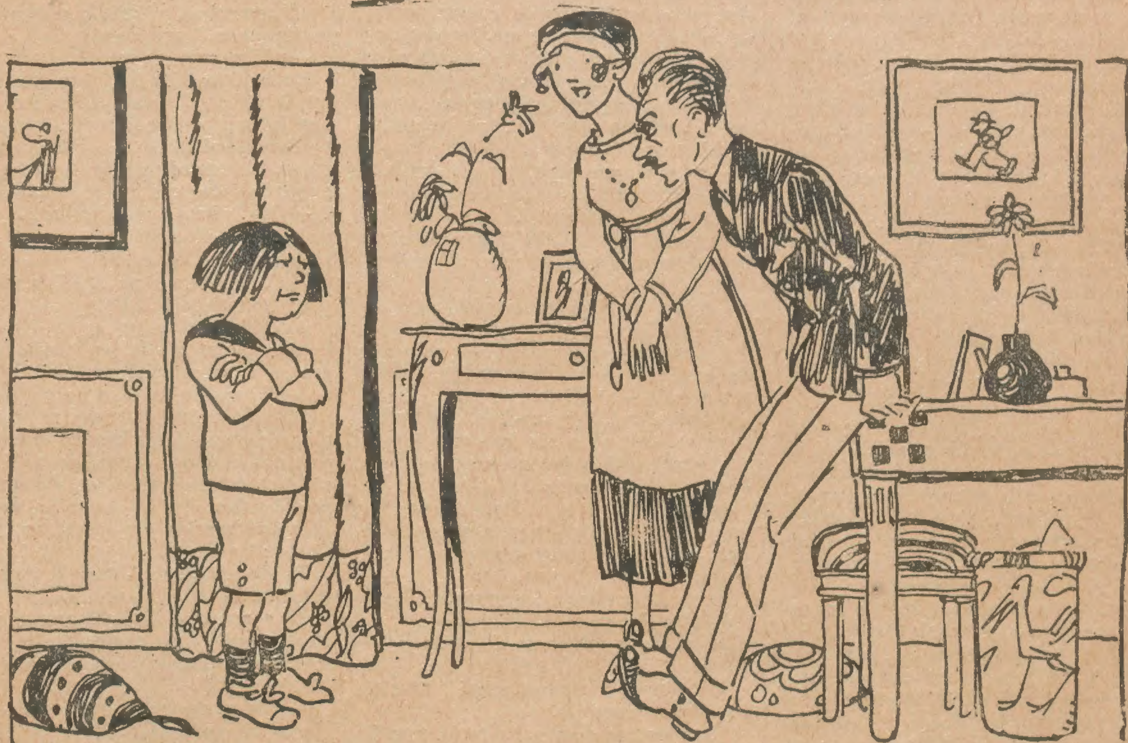
Entretanto, el chico que condujera hasta allí, andaba por un galpón, escondiéndose entre las pilas de cueros. Cuando Lucas y María iban a verlo, demostraba más empeño en permanecer oculto. El mote surgió espontáneo.

—¡Pero es arisco!

"Arisco" llamáronle en lo sucesivo. "Arisco" le llevaba tres años a Lucas. Mas era raquítico, encogido, con todas las trazas de haber sufrido el hambre. El hijo de don Mariano, bien criado y satisfecho, le pasaba, en estatura, con toda su cabeza.

En cambio María, frágil y pálida, daba una sensación enfermiza. Era blanca, con ese blancor mate que alguien comparó a los cristales cuajados de Bohemia.

—¡Dejálo nomás! — dijo a "Ombú" don Mariano, cuando llegó de su jira, visitando correligionarios remisos.


OBSEQUIO "UNDESIRABLE"

—¿Me quieren regalar un sable y una escopeta? ¡No! ¡Tan luego ahora que va a venir el desarme universal!...

Se refería al muchacho.
—¿Cómo se llama?
—Juan Francisco.
Los dos hombres habían tenido una breve conferencia. Luego se oyó al patrón diciendo en la cocina:
—¡Es de la Marta Flores, que se ha muerto!
—¡El linaje de Marta Flores dicen qu'era escuro, patrón! — fué la advertencia de la vieja Gregoria.
Gregoria había ido a la casa para cuidar de María, a poco de morir la genitora. Quedó de cocinera, y como mujer de toda confianza luego. Era de cara grande y cuerpo chico, con manos enormes y pies abusivos. La color terrosa, los ojillos menudos y vivaces; la boca desmesurada; las orejas tiesas, como asas; maliciosa la expresión.
El estanciero protestó, haciendo justicia a la pobre muerta:
—Marta Flores fué una muchacha avisada y noble. Tenía un alma grande y mereció hacer su buena suerte.
Desde entonces, el huérfano era para don Mariano como otro hijo más. Los tres párvulos daban lección con la maestra, que llegaba, en un sulky desvencijado, dos veces por semana.
Pronto hizo progresos Juan Francisco, despertando la noble envidia de María, no así de Lucas, cuya desaplicación corrió parejas con su travesura.
Mucho le desagradaba al padre aquel despego que por los libros puso de manifiesto Lucas. Sin embargo, algo había que contrariábale infinitamente más. Era su dureza de corazón.
Lucas martirizaba a los perros, los gatos, los cerdos, las gallinas, a cuantos animales inofensivos le salían al paso. Viendo matar las reses, tradujo siempre su vista una excitación salvaje. Seguro de que la vaca, desangrada, poco podía hacerle ya, clavábale su cuchillito en la panza.
A "Ciclón", galgo fino que llevaron para perseguir las liebres — tormento del quintero — le cortó la cola agarrándosela con una puerta.
Lucas, indócil, voluntarioso y rencoroso, se le impuso a Juan Francisco. Quizá no lo dominaba; sino que aquel, intuyendo su condición de "dueño de casa", la imponía, como un yugo, al foráneo. Le complicó en sus diabluras siempre. Y cuando don Mariano, dispuesto a reprimir excesos que no eran de su agrado, tomaba al hijo de un brazo, la disculpa estaba pronta:
—¡Fué el "Arisco" que me convidó!
—¡No mienta porque le curto los lomos a guascazos, trompeta!—era el reproche airado del ganadero.
"Ombú" iba de tarde en tarde a la estancia, admirando los progresos de Juan Francisco:
—¡No sale al finao!
Y no decía más. A veces abrillantó sus ojos el cristal de una lágrima. Le regalaba caramelos, adquiridos en una pulpería próxima, o en Montevideo, a donde fuera frecuentemente como tropero, deslizando, al entregarle el paquete, las mismas advertencias:
—¡Pórtese bien, amigo! A ver si hace aquí suerte. ¡Y tire siempre pa los coloraos, canejo!
Don Mariano apreciaba mucho al hombrón, que era uno de sus mejores elementos en tiempo de guerra. Jamás quiso recibir recompensas, consistieran ellas en honores o dinero. Cómo chasque seguro y temerario, a "Ombú" nadie le aventajaba. A raíz de un combate, Basilisio Saravia quiso ascenderlo. El rehusó modesto:
—¡No se preocupe, mi general!... Si no sé mandarme a mí, ¿cómo voy a mandar a naides?...
Delante de "Ombú", don Mariano Goñi se dolía por la precoz perversidad del primogénito:
—¡Sale al otro pedigree!
—¡Mi finao jué lo mesmo!
La esposa del estanciero—una mujer de bondad amorfa, que no llegaba a ser virtud—tuvo hermanos poco o nada ejemplares. Vivarachos, sin inteligencia; atrevidos sin valor; oficiosos sin laboriosidad; inconsecuentes, barullentos y peleadores...
El propio suegro, en los últimos años, ya decrépito, dejó ver rasgos absurdos, que obligaban a pensar en verdaderos raptos de locura.
Juan Francisco, comprensivo desde chico, hacía todo lo humanamente posible para no andar en desacuerdo con Lucas.
Por impedir "cuestiones", admitía un ilógico dominio.
Iban ambos persiguiendo la tropilla de caballos por el potrero y ordenaba el tirano:
—¡Largále un lonjazo a ese lobuno!
—¿Por qué?...
Si desobedecía, se le encaraba resuelto:
—¡Vos estás sacando los pies del plato!
Y hasta hacíale enrojecer, aludiendo a su situación:
—¡Te olvidás que no somos aquí lo mismo!
A los quince años, conjuntamente con Lucas, Juan Francisco fué interno a un colegio de Montevideo. Allá les prepararon para ingresar en la Universidad. Sin tener aprobadas las materias del primer año de Secundaria, Lucas quería volver al campo. Se hizo fuerte don Mariano y logró que continuara asistiendo a las clases.
Imposible sacarlo bachiller.
—¡Yo no necesito carrera!—decía a los condiscípulos, que extrañaban su desaplicación.—¡El viejo tiene muchas leguas de campo!
E irritábase viendo las buenas clasificaciones que obtenía Juan Francisco:
—¡Este, estudia de adulón!
—¿Pero adulón por qué?—afligíase el pobre muchacho.
—¡Para que te quiera papá!... ¡Sólo por hacerme a mí daño!
—¡Es una infamia!
—¡Sé muy bien lo que digo!
A ratos perdidos, durante las vacaciones, Juan Francisco adelantaba en la estancia sus estudios. En cambio, Lucas no hacía sino andar por el campo
—¡Es guapo el patroncito!—sentenciaron muchas veces los peones, con esa ingenua admiración del gaucho hacia toda persona "mejor nacida" que hace proezas ecuestres, por el estilo de las suyas.
Y agregaban viéndolo correr y hasta "pechar" una vaca:
—¡V'hacerse jinetaso!
En la época de la yerra, Lucas era una ardilla. No bien caía un lazo sobre la cabeza del ternero, cuando ya estaba él pialando o agarrándole las patas. El comedimiento de Juan Francisco, lo interpretaba a su modo:
—¡No viene de orgulloso! ¡Como va a ser "dotor"!
Reíasele en la cara:
—¡Y no tiene ni apellido decente para ponerle al título!
Al huérfano, estas cosas, le hacían mucho daño. María, en ocasiones, encontró a su compañero llorando:
—¿Y vos hacés caso de un loco?...
Un día, más enternecida, más emocionada con el quebranto sincerísimo de aquella pobre alma, no sólo acarició los cabellos rebeldes con sus manos de flor: le dió también un beso. Hubiera querido ser su madre, su hermana al menos...
Desde entonces Juan Francisco la consideró como una novia.
Al concluir el bachillerato, don Mariano regaló a su protegido uno de los mejores potrillos que había en la estancia.
—¡Va a ser un caballo como no lo tiene el general!... Siete octavos. ¡Mejor que puro, amigo!
El "redomón" prometía: ligero, esbelto; el casco—lo primero en que ha de fijarse todo buen jinete—cónico, liso, sin un solo surco; las canillas cortas, perpendiculares; largos el antebrazo y el anca; la línea dorso-lumbar recta; el cuello luengo; la cabeza levantada y pequeña, de apéndices bien perpendiculares; los ojos grandes, transparentes.
—¡En una feria, me darían lo que pidiera por él!—se ufanaba el criador, orgulloso de aquel producto que lucía su marca.
Juan Francisco le puso de nombre "Buenasuerte".
Dijo por entonces don Mariano al joven que debía estudiar veterinaria. El ahijado, cuyo pecho desbordaba en agradecimiento para su generoso protector, no quiso contrariar a éste. Sin embargo, hacerse ingeniero, habríale gustado más.
Con el título conseguido, salió para Italia. Obtuvo beca, tras exámenes brillantísimos. Sus cartas llenaron de júbilo a don Mariano, que no advertía el regocijo de otro corazón allegado:
—¡Va a resultar una gran cosa!
Inesperadamente, el estanciero tuvo un ataque.
—¡Parálisis! — cabeceó gravemente el médico.
Sólo de la cintura para arriba recobró su cuerpo el movimiento.
—¿Pero, qué puede ser esto, doctor? —afligióse la jovencita.—¿Papá corre riesgo de morirse?
—Hemiplegia, niña. Aunque tullido, espero que dure muchos años.

Valiéndose de que don Mariano nunca más iba a poder trabajar en el campo, Lucas cometió toda clase de desmanes. Cambió los peones varias veces. De la gente antigua, sólo quedaron "El Indio" y "El Mellao", a los que María dispensó siempre un tierno afecto.
Mandaba al personal como si en rigor hubiese heredado ya todo aquello.
Hacía y deshacía sin ton ni son, por capricho, con tan poco tino, que las haciendas no tardaron en sufrir las consecuencias de recorridas y traslados sin objeto. Un día, sin consultar al padre, convino con un frigorífico la venta de 500 novillos. Los condujo a Montevideo él mismo, gastándose los doce o trece mil pesos que le valieron, con mujerzuelas y sujetos crápulas, que no tardó en conocer.
Enterado de todo, el padre llamó al hijo. Y cuando le tuvo en su presencia, le azotó con un rebenque, amenazando desheredarlo.
—¡El viejo es tan loco, que sería capaz!
Casualmente, una semana antes llegó carta de Juan Francisco. Perfeccionaba los estudios en la Escuela Agraria de Verona. Los profesores italianos otorgaron al veterinario platino una honrosa distinción.
—¡Va a ser mi brazo derecho!—dijo confidencialmente a María.
Y luego, aludiendo a Lucas:
—Sí, porque lo que es el izquierdo... ¡me lo podían amputar!
No atinaba a explicarse don Mariano aquella falta de curiosidad en su hijo. El, de joven, fué un correcto estudiante. El fallecimiento de su genitor habíale obligado a meterse de lleno en las tareas del campo. Rural y todo, siempre le gustó leer:
—¡Pero si no mira ni los telégramas de los diarios! ¡Es lo último!
Lucas, a espaldas del viejo, reía de las "macanas" aquellas.
Una sola simpatía verdadera tuvo el mozo en la estancia. Decimos mal: dos. Ña Gregoria (ahora, como se había puesto vieja, se le llamaba así) y Mauricio, un peón artero, en cuyo rostro huesudo brillaba siempre una sonrisa diabólica. Entre el espíritu de Lucas y el de su servidor predilecto, hubo de continuo marcada afinidad.
El cariño de Ña Gregoria reconocía otra causa. Conoció mucho al abuelo materno: "¡Era tan pícaro!" Y evocaba cierto episodio galante de su juventud. Fuera verdad, o acaso sugestión, lo cierto es que la china enternecíase a las veces mirando al mozo:
—¡Es igualito!... ¡El retrato!
Y había un acentuado estremecimiento en su pecho senil.
Fué Ña Gregoria quien aconsejara ladina al "patroncito".
—¡M'hijo, desimule para que su tata lo aprecée. Y tenga mucho cuidao con el "Arisco". Sepa que naide estudéa pa zonzo. ¡Se estudea pa robar! De dotor, aunque se robe, no se va nunca preso!!!
. . . .
—¡Boleto!
Tenía delante al guarda del tren y al inspector, un inglés alto, seco y flemático, que le miraba de reojo con la calma bovina de un Hereford.
El reloj en la mano — minutos más tarde — comprobaba el mozo cómo estuvo dormitando largo rato...

Vicente A. SALAVERRI.



Cuando bostesa el hipopótamo.

PUCHITOS

Por fin se sabe oficialmente cuántas defunciones ocasionó la epidemia de grippe que asoló recientemente a los Estados Unidos: fueron 350.000 en todo el país. En Filadelfia la proporción de fallecimientos por grippe llegó a ser la de 54 por 1.000 de la población.

Dicen que Pasteur era muy distraído. Mientras almorzaba un día en casa de su hija, antes de comer unas cerezas las sumergía en un vaso de agua. Como alguien sonriera al verlo hacer eso, Pasteur habló del peligro de los microbios que existen en la cáscara de las cerezas. Terminada la explicación llevóse el vaso a la boca y se tomó de un trago el agua que contenía.

De vez en cuando, en publicaciones médicas francesas, se habla de intoxicaciones por medio de los huevos de pato. ¿Es posible que los huevos de animales sanos contengan substancias tóxicas y, más aún, cuerpos extraños y gérmenes de enfermedades? Lo cierto es que hace cuarenta años Guyon anunció haber descubierto en las claras y yemas de huevos la presencia de bacterias y partículas de polvo; desde entonces otras observaciones científicas comprobaron la presencia de cuerpos extraños en el interior del huevo: piedritas, granos, gusanitos e insectos pequeñísimos y en cierta ocasión hasta una pata de cucaracha. No se ha explicado todavía por qué mecanismo fisiológico puede el organismo animal eliminar por el huevo cuerpos extraños no asimilados.

Hace varios años, el famoso escritor inglés Ruyard Kipling, se hallaba en Nueva York gravemente enfermo. Hasta hubo un momento en que se desesperó salvarlo. Una verdadera muchedumbre de personas acudía al hotel en que se alojaba para enterarse del estado del enfermo. El hotel tuvo que destinar dos empleados más sólo para contestar las preguntas sobre el ilustre huésped. Cuando Kipling recobró el conocimiento, preguntó ingenuamente a su esposa:

—¿Ha venido alguien? ¿Sabe alguno que estoy enfermo?

Cuando se sugirió por vez primera la idea de que el águila fuera adoptada como emblema nacional de los Estados Unidos, Benjamín Franklin se opuso a ella manifestando que recordaba a Julio César, que la usaba como emblema, y porque figuraba en los escudos de la monarquía. Franklin deseaba que se adoptase al pavo americano como emblema nacional, por estas razones: es originario de América, mientras que el águila no lo es; el águila es cobarde y ladrona, mientras que el pavo es un animal "respetable" y valiente... Pero Franklin perdió.

SIN OCUPACION



—¡Pobre viejo! Es un retirado...
—¿Era militar?
—No; era estratega del café del Globo.

UN EXIGENTE



—¿No le parece bastante chic? Sin embargo es de lo más elegante que se fabrica: tiene un ojo pintado en el fondo...
—Sí, pero lo quisiera con monóculo...

EL PROBLEMA DEL SERVICIO DOMESTICO



—Esto es lo más conveniente que he podido hallar: ochenta pesos por mes, cerveza helada y la promesa de casarme con ella dentro de un año si le agrada la casa.

—¿Qué vamos a hacer, papá?, necesitamos sirvienta.

DISTRACCION

Un recién casado, después de realizada la boda, comenzó a registrar con viva excitación entre los regalos.

—¿Qué buscas, querido?—inquirió su mujer.

—Ese cheque de tu padre por diez mil pesos que vi entre los regalos de boda.

—¡Ah, el pobre papá es tan distraído!: encendió su cigarro con el cheque...

COSTO INDEFINIDO

Un ciudadano cuya hija iba a casarse, deseaba saber cuánto más o menos le costaría el casamiento.

—Che, Pérez—preguntó a un amigo—tu hija mayor se casó hace cinco años, ¿no es así? ¿Cuánto te costó el casamiento?

Y el padre, cuyo yerno había pensado resolver el problema de la vida con el matrimonio, repuso:

—Cinco mil pesos por año.

ORACION POR LA VUELTA DE UN LIBRO PRESTADO.

"Doy humildes y sinceras gracias por la vuelta feliz de este libro que después de haber pasado los peligros de la biblioteca de mi amigo y de las bibliotecas de los amigos de mi amigo, vuelve a mí en condiciones bastante aceptables.

Doy humildes y sinceras gracias por no habérsele ocurrido a mi amigo emplear este libro como juguete para su niñito menor, ni como cenicero para su cigarro encendido, ni como instrumento para fortalecer la dentadura de su perro.

Cuando presté este libro lo consideré perdido; me resigné a la amargura de una larga separación; no pensé que podría volver a ver sus páginas en el tiempo infinito.

PRETENSIONES ENORMES



—Es usted demasiado exigente, señor yerno: no sólo quiere paz, sino también tranquilidad.

Pero ahora que el libro ha vuelto a mis manos me regocijo en el fondo de mi corazón. ¡Traed el más suntuoso marroquí! Encuadernaremos de nuevo el libro y lo instalaremos en el estante de honor. Pues este libro mío fué prestado y ha vuelto.

Por lo tanto, ha llegado el momento de pensar en devolver algunos de los libros que me han prestado."

UN NEGOCIO

El vendedor.—De todas maneras, no va a perder mucho comprando un par de tiradores por cuarenta centavos...

El comprador.—No; no perdería más que los pantalones.

UNO QUE RESISTIÓ LA TENTACION

—Se lo juro, padre—decíale un pobre negro al cura—antes cuando podía robaba alguna cosita, pero hace ya tiempo que no tengo esa costumbre. Anoche mismo vi en la zapatería de Rodríguez, cerca de la puerta, un lindo par de botas de mi medida, número 44. El diablo me dijo: "¡Agárralas! ¡agárralas! "Pero Dios me dijo: "Eso es robar; sigue tu camino". Yo me sentí muy tentado. No hay duda de que las botas me venían bien y que las necesitaba. Las mías tenían la suela rota. Yo y el diablo decíamos: "Llévatelas. Te vienen bien". Dios decía: "No hagas eso; es robar". Había una mayoría de dos contra uno y además Rodríguez se había ido adentro... Sin embargo, ¡resistí a la tentación!

—Hiciste bien, hijo mío.

—Sí, resistí, dejé las botas, pero había una mayoría de dos contra uno y me llevé sólo un par de zapatos.

CASO DIFICIL

La señora notó que la lavandera tenía esa mañana la cara hinchada.

—¿Cómo? Seguramente su marido le ha pegado otra vez...

—Sí, señora.

—¿Y por qué no lo hace llevar preso?

—Pensé hacerlo—contestó la pobre mujer—pero después vi que no tenía bastante dinero para pagarle la multa.

Dos vidas

I

José era pequeñito. Iba a la escuela siguiendo los caminos bajos, saltando las barreras, deslizándose a través de los setos, vagabundeando en busca de nidos, recogiendo fresas, avellanas, flores. Era un muchacho bueno y obediente, pero en cuanto estaba solo se volvía tan instintivo, tan huraño, como una comadreja o una musaraña. Menos que nadie había nacido para obedecer; sin embargo, la mirada, o la palabra, lo dominaba. Mientras la impresión subsistía se sometía, humilde, a la voluntad del más fuerte.

Un día en que iba a la escuela remolineando, como una honda, la bolsita en que su madre había puesto un pedazo de pan y una manzana, se encontró con Josette, que también iba a la escuela.

Josette lloraba. Confesó que la habían castigado y que, irritada, habíase escapado sin comer la sopa.



Tenía hambre. José le dió su pan y su manzana y la niña le agradeció con un beso. Ya no lloraba; tenía ganas de jugar. Y jugaron a correr en un pie, a caminar de rodillas, a tenderse sobre la hierba.

El maestro de escuela que se paseaba un rato antes de la clase, los vió y les dijo severamente:

—¡Son dos pilluelos! ¿Acaso se juega así? Hay que jugar seriamente. ¿Por qué no juegan a quien sepa mejor los nombres de todas las subprefecturas o de todos los afluentes del Loire, o las divisiones del sistema métrico? Acabarán mal, me parece... (Y meneaba la cabeza). Y además... ¿qué es eso? ¿un niño y una niña? Los varones deben ir por un lado y las niñas por otro. José, vete por aquí, y tú, Josette, por allí.

Luego, satisfecho, continuó su camino, pero poco a poco se le erizaban los cabellos previendo el lamentable destino de esos infelices niños.

Y murmuraba:

—Autoridad, disciplina, geografía, ortografía... autoridad, disciplina...

II

Era la fiesta parroquial. Llegada la noche, encendieron farolillos y se bailó. José, que tenía diez y ocho años y Josette quince, estaban allí, con sus lindos trajes y a los primeros sones del violín se habían aproximado para la danza, bajo las miradas de las familias, que bebían sidra, hablando del tiempo pasado, de la cosecha futura y de los impuestos más temibles quo el granizo.

Cuando terminó la primera danza, Josette, respondiendo a una señal, se acercó a su madre:

—Josette querida, te ruego que no bailes con José. Su padre está arruinado y él no es más que un pobre peón de granja. No te dejes cortejar por ese muchacho, pues no puedes casarte con él; no lo consentiremos. El dinero quiere dinero y tú tienes dinero, Josette, y él no.

Y esa noche no volvieron a bailar juntos.

III

José fué sorteado y se hizo soldado. En ese oficio aprendió seriamente lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer. Al cabo de cuatro años poseía una moral completa y respetuosa. Sabía que hay dos clases de hombres, los superiores y los inferiores, y que se reconocen a los superiores por la cantidad de oro que llevan bordado en las mangas. Esas nociones no le fueron inútiles cuando dejó el cuartel, pues en la vida ordinaria hay también dos clases de hombres: los que trabajan y los que miran trabajar a los otros. Y como hallaba muy natural esta distinción, sin duda gracias a su filosofía instintiva, José trabajó.

Josette no se había casado. Sus padres habían perdido todo en un proceso y ella, pobre vaqueriza, iba a ordeñar las vacas al amanecer, pensando en que es triste para una muchacha no tener novio.

José, al enterarse de esto, sintió una viva alegría. Comunicó a su padre su antiguo amor y sus proyectos.

—¡Casarte con Josette — repuso el viejo, — una muchacha que quizás no tiene ni tres camisas y que se hace ligas con un puñado de cáñamo! Tú no eres rico, es cierto, pero hemos reunido algo, el trigo ha dado este año un buen rendimiento y te daré algo para poner casa cuando me traigas una nuera que no sea sirvienta. El dinero quiere dinero, hijo mío, y no hay que contrariarlo.

IV

Pasaron los años. José perdió a sus padres y en lugar de una rolliza media llena de monedas no halló más que deudas. Inútil fué el valor en la adversidad y el trabajo. Como ratones, los hombres le royeron el pequeño patrimonio, y José, una mañana, mientras vendían su casa, tomó un bastón y se fué lejos, adonde pudiera ganarse la vida. Pero a medida que caminaba, la vida huía delante de él y caminó tanto y tan largo tiempo, que después de haber dado la vuelta al mundo volvió a encontrarse en el campo, al borde del camino, donde en otro tiempo se había encontrado con Josette por la primera vez.

Puso a un lado el bastón y después de sentarse junto a una zanja, sacó de su alforja un pedazo de pan y una manzana. Antes de comer se puso a reflexionar tan tristemente, tan tristemente que su hambre pasó y la manzana y el pedazo de pan cayeron a sus pies.

Hacía frío; echóse sobre las rodillas su capa harapienta y, envolvióse el cuello en su abundante barba gris que a menudo había causado susto a los niños que hallaba en su camino.

Pensaba en esto cuando oyó alegres gritos agudos y vió un grupo de niños que volvían de la escuela... niños iguales a lo que él había sido hacía sesenta años. Súbitamente comprendió la inutilidad y toda la abominable estupidez de su vida. Púsose de pie y blandiendo como una honda su alforja vacía, dió varias vueltas por el campo, como un alucinado. Cayó, por fin, en un pozo lleno de hojas secas; quedóse allí, y como la noche se acercaba, se acomodó para dormir.

Entretanto, llegó una vieja, una mendiga, refunfuñando:

—¡Oh, viejo!, ¡vete!, este sitio es mío; duermo aquí todas las noches. Es mío, ¿sabes?, ¡mío!

Y como el viejo se levantaba, obedeciendo dócilmente, la vieja después de haberlo examinado, preguntó:

—¿De dónde eres? No te conozco. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman el viejo José.

—Y a mí me llaman la vieja Josette.

Se miraron en silencio. Recordaban.

Pero habían sufrido tanto, sus corazones se habían vuelto tan secos, tan semejantes a esas hojas secas que se disputaban en su miseria, que no hallaron nada que decirse.

La vieja Josette se echó en su agujero, como un animal, mientras el viejo José, levantaba su bastón y se iba.

El castillo quemado

Levantados los manteles, permanecían los tres alrededor de la mesa y hablaban poco, como personas cuyas ideas son raras y que, repitiendo siempre la misma cosa, tienen el instinto de poner un intervalo entre sus frases.

El señor de Brunon bebía aguardiente en un vasito de plata; lo vertía de un antiguo botellón de cristal, todo cincelado y dorado, y cada vez que iba a servirse lo alzaba a la altura de sus ojos y lo hacía espejear a la luz de la lámpara. Se adivinaba que le complacía el botellón por el aguardiente que brillaba en el cristal cubierto de cinceladuras y dorados, y el aguardiente por la belleza del botellón y los recuerdos de pasadas alegrías prisioneras allí y que quizás iban a resurgir con el último vaso y la última chispa.

Bebía así todas las noches, mientras su hija, Daniela, leía alguna historia mediocre o bordaba un pañuelo. Ella también era dorada, y como inclinaba siempre la frente sobre su lectura o su labor, no se veía de su cabeza más que los cabellos rubios. Cuando su padre pensaba en ella evocaba cabellos rubios, nada más que cabellos rubios, pues la fisonomía de su hija le inquietaba, dura y fría, con algo en sus ojos semejante al espíritu implacable que duerme en los botellones de aguardiente.

Desde la muerte de la señora de Brunon, cuyos caprichos y cuya vanidad habían arruinado la casa, vivían ambos solos, en una dignidad penosa, tratando de conservar la manera de vivir erigidos por su nombre y su situación social y preocupados ante todo de las apariencias. En cuanto a esto su habilidad era tan grande que engañaban hasta a sus sirvientes, hasta al notario. Dos veces por año, la dura y fría Daniela se ausentaba, llevando una gran valija vieja, constelada de clavos de cobre—y cuando regresaba, su primer palabra era una cifra, enunciada con voz breve.

En la época en que llegó al castillo de Brunon, Baldino de B...—esperado desde hacía años—Daniela no tenía ni un solo anillo en los dedos. Cuando bordaba, ocultaba discretamente la mano izquierda debajo del trozo de muselina. Y tan dura y fría como era, su padre la vió un día llorar al contemplarse las manos, largas y blancas, sin alhajas. Ese día el señor de Brunon no bebió más que la mitad de su botellón de aguardiente.

—Jamás la he olvidado, Daniela—dijo Baldino, mientras el señor de Brunon se adormecía después de beber el último vaso.—Aquí tengo todavía el anillito que le robé jurando que volvería para devolvérselo. Deme su mano.

Daniela le tendió la mano blanca.

—¿No lleva anillos?

—No; esperaba el que usted tenía que devolverme.

Daniela estaba casi conmovida. Esas lindas niñerías sentimentales ablandaban su corazón de metal. Su alma se tornó, por algunas horas, tan joven como su rostro y los ojos se le dulcificaron hasta la ternura.

Ella misma advirtió, con asombro, el cambio inesperado.

—Si fuera rica como en otro tiempo, Baldino, sería amable y buena como entonces. Sé que me he vuelto mala, que me he vuelto fría y dura... es irreparable.

Entonces dijo toda la verdad a Baldino, que no pareció conmoverse profundamente, pues era un alma sencilla y desinteresada. Amaba a Daniela con un amor que no podía disminuir por la revelación de su pobreza, y tomando las largas manos blancas, despojadas de sus joyas las besó, una tras otra, diciendo:



—Las quiero así blancas y solas, así pobres y puras.

—Sí, Baldino, pobres, pobres, pobres...

—¡Pobres!—exclamó de pronto el señor de Brunon, despertando sobresaltado por esa palabra que le inquietaba hasta en sueños. Se incorporó tendiendo la mano hacia el botellón dorado.

—Está vacío, hija mía. ¿Quieres llenarlo?

Daniela se levantó, tomó el botellón y se dirigió hacia una tapicería detrás de la cual dormía un pequeño tonel de roble, lleno de ensueños, de recuerdos, de ilusiones—un tonelillo de roble de donde debía surgir, sin duda, la palabra que redime al Dragón de Oro, señor y guardián de la alegría humana.

Puesto el botellón en la mesa, el señor de Brunon lo tomó, y después de haberlo hecho espejear, se sirvió un vasito lleno, diciendo:

—Es más bello que nunca, Daniela. Está resplandeciente. Creo que esta vez va a decirme su secreto. Bebe conmigo, Baldino.

Baldino accedió y bebió varios vasitos de aguardiente.

—¡Pobres!—repitió el señor de Brunon—¡y pensar que este castillo, visitado por los muertos, está asegurado en sumas... sumas enormes... ¡Cuánto, Daniela!... y que nunca se incendiará!

—No diga eso, papá. La materia que es inerte, obedece al verbo, que es viviente. Este castillo arderá algún día. ¿Cuándo? Nadie lo sabe todavía... Tome otro vaso de aguardiente, Baldino... tal vez le diga su secreto... el secreto que ha negado a mi padre.

Y Baldino bebió otro vaso de aguardiente.

II

Algunas horas después, el señor de Brunon, su hija y Baldino, envueltos en frazadas, yacían tendidos sobre la paja de un galpón de granja, mientras majestuosas llamaradas se entrelazaban y retorcían, armoniosamente, amarillas y rojas, sobre la hoguera anunciada por Daniela. El señor de Brunon lloraba, asustado por la realización mágica de su esperanza abominable; Baldino, medio desmayado, tendido de espaldas, se agitaba con gestos nerviosos; Daniela, de rodillas, parecía entregada a la plegaria: sus largas manos blancas en las que brillaba un solo anillo, se habían unido, y su rostro, iluminado por el resplandor del incendio, parecía sobrenatural.

Baldino, casi delirando, pronunció algunas palabras vagas. Entonces la joven se le acercó e inclinándose le besó en la boca.

—¡Cállate! ¡cállate!—murmuró—tu pensamiento me pertenece. Estamos ahora unidos por algo más fuerte que el amor.

—¡El crimen!—dijo Baldino.

—¡Cállate! ¡te amo!

Y se rodeó el cuello con los brazos dóciles de Baldino, que al oprimir con sus labios los labios de Daniela, pensaba obscuramente:

—Soy para siempre esclavo de esta mujer.

Remy de GOURMONT.

Una curiosa asociación

En 1843 se hizo famosa en Inglaterra, y sobre todo en el país de Gales, una asociación secreta formada con el fin de combatir los pagos de portazgo, y que tomó el nombre de los "rebequitas", por haber adoptado como lema el versículo 60 del capítulo XXIV del Génesis, donde dice: "Y bendijeron a Rebeca y dijéronle:... que tu generación posea las puertas de sus enemigos". El haber tomado su denominación del nombre de una mujer, y el deseo de no ser conocidos, hicieron que los rebequitas decidiesen acudir a sus reuniones vestidos de mujer y con la cara cubierta por un velo de gasa, o pintada de negro. El presidente, que se ocultaba bajo el nombre de Miss Rebeca, iba a caballo, en traje de amazona, y tenía a sus órdenes inmediatas a varios miembros de la asociación, que se llamaban Miss Cronwell, Carlota, Catalina e Isabel.

Los rebequitas eran gente decidida, que cumplía los fines de la asociación destruyendo y quemando las casillas de los guardabarreras, así como las propiedades de todos los que eran conocidos por su rigor con los obreros. Aunque todos iban armados, procuraban no verter sangre a menos de ser atacados. El gobierno envió contra ellos algunos escuadrones de caballería; pero esta medida no tuvo éxito, pues los rebequitas, gracias a su disfraz, no infundían sospechas mientras no iban reunidos, y además el pueblo, a quien no podía menos de serle simpática su causa, los favorecía por todos los medios posibles. Para acabar con ellos se hicieron algunas de las concesiones que pedían, y entonces la asociación, como ya no tenía razón de ser, desapareció en pocos días.



BALNEARIO PUNTA DEL ESTE (R. O.)



El rompeolas del balneario, cuyas hermosas playas, como en años anteriores, han sido visitadas, en esta temporada, por gran número de familias argentinas.

De nuestro gobierno ejemplar



El ministro del interior doctor Torterolo Gómez, contemplando las excentricidades del ex ministro de hacienda de Mendoza, doctor Nardo Corvalán Mendilaharzu.

ECOS DEL CARNAVAL



Un detalle del baile realizado el sábado primero del corriente, en el Club Social de Flores.



Uno de los palcos más llamativos en el corso radical de Belgrano.



Parte de la concurrencia que asistió al baile organizado por la Sociedad "Lago di Como".

HOMENAJE PÓSTUMO



Como un acto de homenaje a la memoria del malogrado artista José María Cao, llevóse a cabo en Lanús, el jueves 27 de febrero último, la velada organizada por la logia masónica "Fraternidad". Durante el acto fué descubierta una placa de bronce para perpetuar la memoria del extinto, costeada por el vecindario de aquella localidad.

DEMOSTRACION



Vista parcial de los concurrentes al lunch que un grupo de caracterizados vecinos y comerciantes de la sección segunda de policía, ofrecieran al comisario señor Federico Méndez, con motivo de haberse hecho cargo nuevamente de la citada comisaría. En dicha reunión, donde hicieron uso de la palabra los señores Vaccaro, doctor Golfarini y el obsequiado, le fué entregado a éste un pergamino y una medalla de oro, alusivos al acto.



El doctor Nicolás Repetto, que presidió la tercera sesión de la conferencia, acompañado de sus secretarios señores José P. Baliño y Manuel T. López.

La conferencia de cooperativas argentinas.

El domingo dos del corriente, tuvo lugar, en los salones del Hogar Obrero, Martín García número 465, la inauguración de las sesiones de la primera conferencia de cooperativas argentinas, iniciativa realizada bajo los auspicios de la antedicha institución, cuyo presidente tuvo a su cargo la apertura del acto. En representación de veinte cooperativas, concurrieron treinta y cinco delegados, cuyos respectivos poderes fueron aprobados por la comisión nombrada al efecto e integrada por los señores J. P. Baliño, M. Kipen y M. Legarra.

Elegidas las autoridades de la conferencia, resultaron designados los señores siguientes: presidente, doctor Nicolás Repetto; vicepresidente primero, Miguel Sajaroff; vicepresidente segundo, Jacinto Oddone; secretarios, José P. Baliño y Manuel T. López.

El doctor Repetto pronunció el discurso inaugural, que versó sobre los caracteres distintivos de las cooperativas, su organización administrativa, su situación legal, centralización e intercambio comercial y difusión y propaganda cooperativista; y a continuación hizo uso de la palabra el señor M. Sajaroff, en representación de las cooperativas agrícolas, para exponer las condiciones del ambiente rural y las medidas necesarias para el mejor desarrollo de las cooperativas en el país.

Las deliberaciones, en las cuales se tomaron importantes acuerdos, continuaron su curso durante los días 3 y 4 del corriente, y han despertado general interés por los asuntos tratados.

Las autoridades constituídas solicitarán de los poderes públicos nacionales y provinciales la sanción de una legislación de fomento y desarrollo de las cooperativas, basada en el proyecto redactado con tal fin; y hacen constar que verían con agrado que la cámara de diputados votara favorablemente el despacho de su comisión de presupuesto en la parte referente a las rebajas introducidas en la ley de aduanas, respecto a los artículos de consumo e implementos agrícolas.

En la última de las citadas sesiones, dióse por clausurada la primera conferencia, que promete ser fructífera, no sin que los delegados realizaran varias visitas al Museo Agrícola, frigorífico "La Blanca" y Molinos Harineros del Río de la Plata, según se había acordado.



Vista parcial de los concurrentes que asistieron a la sesión realizada el martes de la semana anterior.

EL PRIMER "SOVIET" PERIODÍSTICO

No se abatate, serenísimo Elpidio. No crea usted que le vamos a desculminar del auto policial, y fecho... ¡que arda Troya! No tema, monseñor d'Andrea. Señores cazadores de rusos y jóvenes de las cien guardias policromas, inclusive la lila: conste, que no hay caso de darle "gusto al gatillo". Don Pío Zaldúa y otros salvadores de la Kausa: no roguéis a Dios por el Altísimo de la Casa Rosada. Somos muchachos de... Jesús H. Paz, unos perfectos ejemplares padres de familia — hay quien tiene ocho cachorros, Salinas —y otros, en disponibilidad matrimonial. Nos hemos constituído en "soviet" recreativo. El nuestro es el primer "soviet" periodístico, señor Horacio Castro Videla. Tenemos Lenin y Balabanoff. También algo así como una constitución cuyo articulado de tiro corto conceptuamos de corte magnánimo. Somos abolicionistas y no nos andamos por las ramas para combatir el privilegio. De ahí que "pas" de agua como bebida de mesa y de sobremesa y "pas" de vino cuando a éste lo profana la diestra del insaciable burgués al ponerlo en contacto con el oprobioso "chateau-canilla" Igualmente rechaza el "soviet" periodístico todo embutido en cuyas patéticas integralidades entra la carne de Palavecino o la de Vaca Narvaja cansada. No somos enemigos del Cordero, siempre que éste proceda del recinto parlamentario. Nadie nos hará pasar Gatica por liebre, y menos, ¡mucho menos! desayunarnos con el pan Open Door de la clientela de Cabred. Ya la saben "los pueblos": ¡apronten "las historias"!



El joven catalán Luis Macaya, después de "plebiscitado", nos contempla hosco y desconfiado.



Nuestro Lenin, camarada Luis Macaya, cuya cuspideación se llevó a cabo a la hora del aperitivo, sin oposición y con papas fritas. A su lado, a modo de un Balabanoff, aparece el color ámbar pálido y el kilometraje de trocha angosta de Alfredo Black Márquez, repórter gráfico de este valle y del de Lanús.— Fot. tomada en el preciso momento en que Macaya dice: "la burguesíe esté de bubonique."



La tripulación de "Fray Mocho" en pleno, después de las impertérritas realizaciones del programa sólido y líquido — ¡sobre todo el líquido, eminentísimo Román Rodríguez de Vicente y Perojo, ¡vive Dios! — que tuvieron por escenario la isla de los señores Lorenzo y José Gaddi, en el Tigre.



"FRAY MOCHO" EN MAR DEL PLATA



Señorita Bosch y señores Madero, Catelin y Zemborain.



Otro cuarteto en amena charla.



Un detalle del salón, mientras se efectuaba el baile realizado en el Bristol Hotel.



Durante una tregua en la danza.



Idem, ídem.



Señoritas Cantilo y Madero Unzué y señores Aguirre y Quintana, después de un partido de lawn-tennis.



Otro grupo de jugadores formado por las señoritas Salas, Torres y otras, y señores Dose, Acosta y Madero.



Señoritas Sara y Josefina Anchorena.



Señorita Rodríguez Larreta y señor Vicente Madero.



El doctor Casarino, superdreadnougth de las finanzas bonaerenses.



Señorita Zuberbuhler y señor Martínez de Hoz.

Pura Blaya





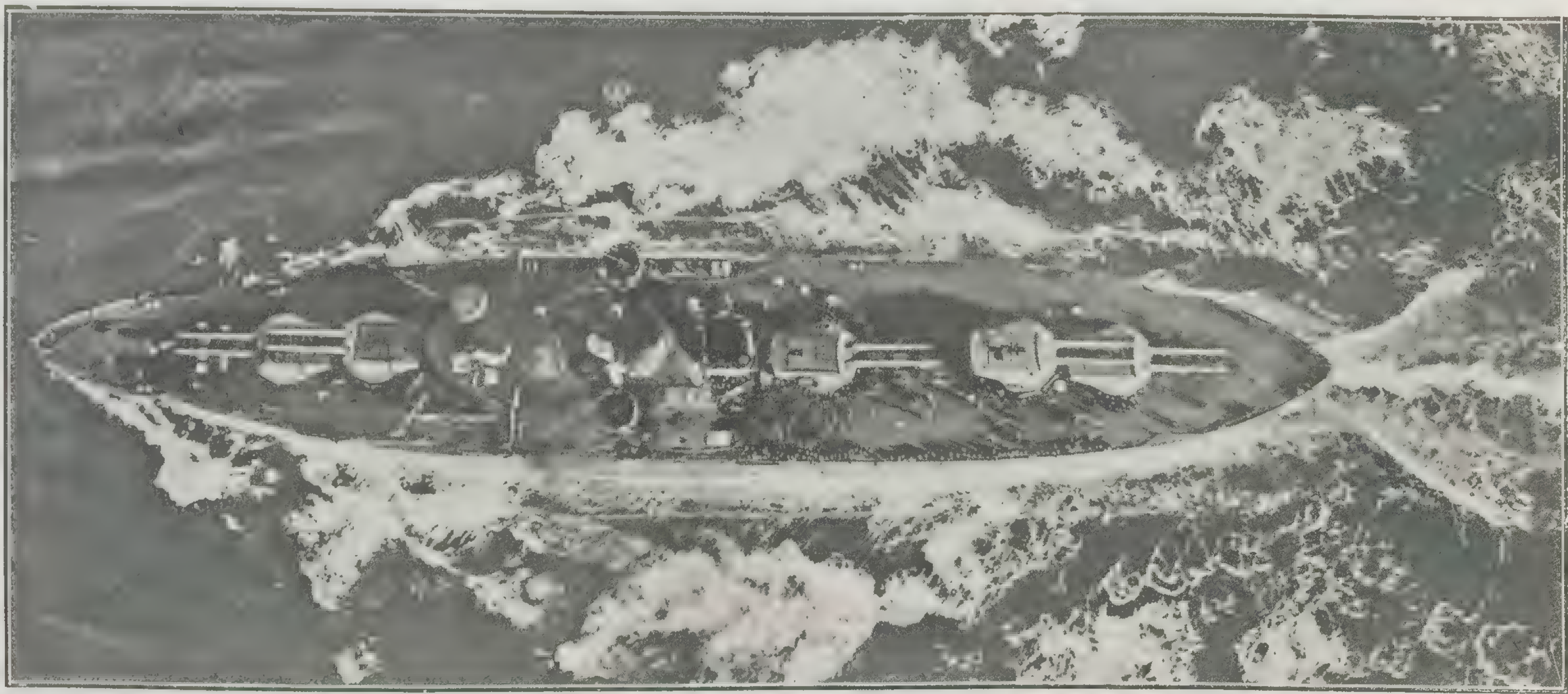
Pura Blaya, popular primera tiple que forma parte de la compañía Vittone-Pomar, en cuyo elenco ha actuado por espacio de ocho temporadas consecutivas. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente elogio que pudiera hacerse de su trabajo escénico.

Los legítimos triunfos de esta artista, han elevado su personalidad a una envidiable categoría, entre los intérpretes del teatro nacional, donde tuvo ocasión de transformar, en verdaderas creaciones, los papeles cuyo desempeño fué encomendado a su exquisito temperamento artístico.

Es natural que los autores teatrales hayan llegado a demostrarle especial predilección, porque reconocen en ella una feliz intérprete de sus obras, y en cuanto al público, no cesa de exteriorizar su admiración y su cariño, con los aplausos que todas las noches tributa a su inteligente labor.



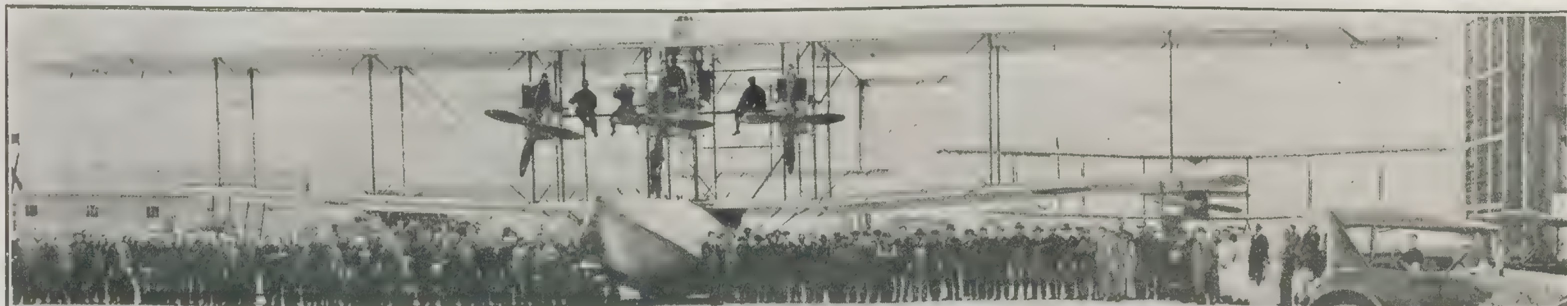
ACTUALIDAD EXTRANJERA



El dreadnought norteamericano "New York" listo para entrar en acción y navegando a toda velocidad en el Mar del Norte. Fotografía tomada desde un dirigible de observación, a 1.000 pies de altura.



Entrada en Berlín de tropas que regresan del frente de la derrota.



El aparato Curtis "N. C. 1", gigantesco aeroplano construído en los Estados Unidos que, según se afirma, es el más grande del mundo. En una de las pruebas de ensayo transportó 50 pasajeros.

VIDA FERROVIARIA.—PARTIDA DEL SEÑOR GREGORY



El señor T. Gregory (x), jefe de tráfico del Ferrocarril del Sud, y su señora esposa, acompañados del ex ministro señor Moyano, de varios altos jefes de la citada empresa, y de otras personas que fueron a despedirle en su partida a Europa, realizada el jueves 27 del pasado, a bordo del paquete "Desna".

EL INTERVENTOR DE VEYGA EN CACHEUTA



La intervención federal en Mendoza, camino del balneario.



El doctor Tomás de Veyga y su familia.



Vista parcial de los asistentes al banquete con que diversos elementos de la capital mendocina, obsequiaron a los miembros que componen la intervención federal enviada a la citada provincia.



El personal de la intervención, de rondín por el hotel, en busca de las chicas a la hora de salida de misa. Constituyen la patrulla los señores Eudoro García, secretario privado del interventor; Leonardo Caraou (hijo), teniente A. Schauman y Carlos A. de Veyga.

EL NOBLE RHIN



Los franceses de 1918 llegan al Rhin.

El Rhin tiene en los destinos de Europa como un significado providencial. Es el gran foso transversal que separa al sur del norte. La Providencia ha hecho de él el río-frontera y las fortalezas lo han convertido en el río-muralla. El Rhin ha visto el rostro y ha reflejado la sombra de casi todos los grandes guerreros que desde hace treinta siglos han labrado el viejo continente con esa reja que se llama espada. César cruzó el Rhin descendiendo del mediodía y Atila lo cruzó descendiendo del septentrión. En sus orillas ganó Clodoveo la batalla de Tolbiac. Carlomagno y Bonaparte reinaron allí. El emperador Federico Barbarroja, el emperador Rodolfo de Hapsburgo y el palatino Federico Primero fueron en el Rhin grandes, victoriosos y formidables.



Casas medievales de Bacharach, a orilla del Rhin. (Dibujo de Víctor Hugo).

Gustavo Adolfo mandó allí sus ejércitos desde lo alto de la garita de Caub. Luis XIV vió el Rhin. Enghien y Condé lo cruzaron. ¡Ay! Turena también. Druso tiene allí su mármol en Maguncia, como Marceau en Coblenza y Hoche en Andernach. Para la mirada del pensador que ve vivir la historia, dos grandes águilas vuelan perpetuamente sobre el Rhin: el águila de las legiones romanas y el águila de los regimientos franceses.

Ese noble Rhin, que los romanos llamaban "Rhenus superbus", lleva ya los puentes de las barcas erizados de lanzas, de alabardas o de bayonetas, que echan sobre Alemania los ejércitos de Italia, de España y de Francia, o derraman sobre el antiguo mundo romano, siempre geográficamente adherente, a las antiguas hordas bárbaras, siempre las mismas también; ya lleva pacíficamente los abetos de la Murg y de Saint Gall, los pórfidos y las serpentinas de Basilea, la potasa de Bringen, la sal de Karlshall, los cueros de Stromberg, el mercurio de Lansberg, los vinos de Johannisberg y de Bacharach, las pizarras de Caub, los salmones de Oberwesel, las cerezas de Salzig, el carbón de leña de Boppard, la batería de latón de Coblenza, la cristalería del Mosela, los hierros forjados de Bendorf, la toba de Andernach, las planchas de hierro de Neuwied, las aguas minerales de Antoniusteim, los paños y la cerámica de Wallendar, los vinos rojos de Aar, el cobre y el plomo de Linz, las piedras talladas de Koenigswinter, las lanas y las sederías de Colonia; y el Rhin cumple majestuosamente, a través de Europa, según la voluntad de Dios, su doble misión de río de la guerra y río de la paz, teniendo sin interrupción, en la doble hilera de colinas que siguen a la parte más notable de su curso, de un lado encinas, del otro viñas, es decir, de un lado el norte, del otro el mediodía, de un lado la fuerza, del otro la alegría.

Víctor HUGO.

CINE



Artistas norteamericanas: ANNA Q. NILSSON.

OCTAVO ANIVERSARIO DE "EL OESTE"



El personal del colega citado y un núcleo de colaboradores y amigos de la casa, reunidos después del almuerzo con que les obsequiara el fundador del semanario señor Manuel J. Aparicio, festejando el octavo aniversario de dicho órgano.

El novio modelo

—Mi buena Clarita:—decía Lola a su amiga, bajo las espesas frondas de los toronjos de su jardín, a la hora del crepúsculo vespertino.—El 30 del próximo noviembre, me caso con Roberto. Yo creo, chica, que es la mejor adquisición que puedo hacer en mi vida. Me agradará más la boda que la lotería del millón, en el supuesto caso de que ésta me toque. Roberto es tan educado, tan inteligente, tan culto y tan buen mozo, que muchas niñas de alto copete—me consta—han perdido la cabeza por él. Pero, hija, desde que se comprometió conmigo, me juró solemnemente no hablar sobre amores con ninguna muchacha, y me ha cumplido su promesa con tanta escrupulosidad como si yo hubiera andado siempre a su zaga, observando todos sus actos e imponiéndome hasta de sus más íntimos deseos. Sin embargo, esta tarde me encuentro tan impaciente... Va a anochecer y todavía no ha venido a visitarme. Pero no puedo dudar de su conducta. Estoy encantadísima de sus procederes y me ha enamorado en tal forma, que me vuelve loca. No como, ni duermo, ni tengo reposo un instante, cuando paso 24 horas sin verle. Es una monada mi Roberto ¿no? ¡Es tan buenito!... Pero ¿tú callas? ¿Nada me dices de él? ¿Es que a ti también te ha enamorado? ¿Por qué no me dices lo que piensas de mi situación? ¿Es que Roberto es malo, perverso, vicioso, de malas costumbres?... No, no. Estoy celosa, Clarita, estoy celosa. ¿Verdad que tú no le quieres? Es malo. Sí, sí; es malo y no puede ser bueno nada más que conmigo, conmigo únicamente.

—Hija; tú lo dices todo—respondió Clarita, intentando tranquilizar a su amiga Lola.—Yo nunca te he dicho que es bueno ni que es malo. Cuantas veces me has hablado de él, preguntándome sobre sus condiciones, he guardado un silencio prudencial. Tú lo has interpretado siempre a tu antojo y, sin razón alguna, te pones celosa y rabias y te desesperas y crees, unas veces, que a tu novio le odian tus amigas y, otras, que le adoran, que se desviven por él, que te envidian, que te lo van a conquistar. No hay que ser así, Lola. Conmigo, pase por la confianza que tenemos; pero con otras chicas simplemente conocidas, haces cada papelón...

—Pero tú no lo quieres, ¿verdad? El me ama entrañablemente. Es todo mío ¿no? ¿A ti qué te parece? Es bueno y es culto. Es un modelo de novios. Habla, mujer, habla. ¡Como nunca he oído de tus labios una alabanza para mi Roberto!...

—Si tú no te pusieras así...

—¿Así? ¿Cómo? ¿Cómo me pongo?

—Así... Celosa, huraña, malhumorada, con un ceño que das miedo.

—No, monona. Tú ves mal. Mira: en lo sucesivo, ya no seré celosa. Seré buena, seré fuerte y atenderé tus opiniones. Pero, háblame, háblame de Roberto.

—Ya que insistes...

—Sí, sí. Quiero conocer tu opinión, aunque no sea de mi agrado. Le amo con toda mi alma y sería capaz de derramar por él hasta la última gota de mi sangre. Pero, dime: ¿no es digno de mi amor, de este cariño tan grande que le profeso?

—Sí, Lola, sí. Roberto es bueno, simpático y buen mozo. Eso ¿quién lo niega? Es culto y romántico a la vez. Además, es sentimental. Ante este panorama, a esta hora, con la ejecución de una serenata en el piano y a tu lado, Roberto derramaría lágrimas abundantes. Cualquier filósofo moderno, contemplándolo simplemente, diría de él que es un hombre débil, falto de carácter, de fuerza de voluntad. ¡Si lo conoceré yo! Y esas condiciones, generalmente, son las que preferimos en los hombres a que entregamos nuestro cariño.

—Pero no son un defecto ¿verdad, Clarita?—preguntó Lola con apresuramiento.

—Defecto... no, no; defecto, no. ¿Sabes cuál es el mayor defecto de tu novio?

—¿Cuál?

—El hablar demasiado. Es algo imprudente. En toda conversación que se sostenga en su presencia, Roberto tiene que intervenir. Es sincero. Y a fuer de sincero, lucha siempre por imponer su opinión—aunque todos los presentes opinen en contra—consiguiéndolo pocas veces por su debilidad y por su falta de carácter. Sumamente bueno y conociéndolo sus amigos como le conocen, a cuanta tertulia celebran Roberto es el primer invitado. ¿Tú crees que le invitan por pura simpatía? A mí me ha dicho Lauro y me lo han confirmado Samuel y Enrique, que a Roberto se lo invita, en la mayor parte de los casos, para amenizar las reuniones. Generalmente, le llevan de hazmerreir.

Convéncete, Lola, de que a los hombres no les gusta, por lo común, en los demás hombres, esas buenas condiciones que tiene Roberto y que tanto nos agradan a las mujeres, ridiculizando, aunque sólo sea por diversión, los primeros a los segundos. Y ve: esa imprudencia, le ha dado ya a tu novio muchos disgustos que pudo evitar fácilmente. ¿No opinas tú lo mismo? ¡Ah! ¿Ahora eres tú la que callas? ¿Por qué te pones así... tan mohina, tan triste, tan... casi, casi incomprensible?

—No; Roberto es bueno, Clarita—respondió Lola turbada.—Podrá tener sus defectos, pero es bueno.

—Pero, chica, si yo no te digo que sea malo. Por tus exigencias, te indiqué, a mi juicio, el mayor de sus defectos, para que procures que se corrija. Nada más. Vamos: tranquilízate. No seas nena. Ve: ahí viene Fanny. Desecha esas preocupaciones. No es posible que la recibas en esa forma.

—¡Clarita! ¡Lola!—saludó Fanny a sus amigas, cambiándose con ellas un par de besos de circunstancias.—¡Qué coloquio estaríais sosteniendo! Parecíais dos tórtolas enamoradas.

—No era un coloquio secreto—contestó Clarita maquinalmente.

—Como que tu presencia nos resulta gratísima en estos instantes—agregó Lola, disimulando su estado de ánimo.

—Mejor, chicas, mejor—respondió la recién llegada.—¿No ha venido Roberto, Clarita?

—No; esta tarde, no. ¿Por qué?

—¿Ya estás celosa?—preguntó Fanny.—No te hice la pregunta porque tu novio me interese. Quería saber únicamente si estabas enterada de lo que le ha ocurrido.

—¿De lo que le ha ocurrido?—interrogó Clarita con asombro, en tanto que Lola enmudecía, presintiendo algo grave, por las manifestaciones que Clara le acababa de hacer.

—Sí, chica,—agregó Fanny.—Según me ha dicho Felipe, Roberto tuvo esta tarde un serio percance en la confitería "Las Tres Estrellas".

—¡En la confitería "Las Tres Estrellas"!...—murmuró Lola, preguntando en seguida con visible impaciencia:

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó?

—Que al parecer, en rueda de amigos y entre broma y broma, se le pidió a Roberto que contase la principal aventura que había tenido en su vida. Roberto no se hizo de rogar y narró un caso muy interesante que le ocurrió hace cuatro años en un pueblito veraniego de las sierras de Córdoba. Había enamorado—según dijo—a una hermosa campesina de grandes ojos azules, de pelo rubio, de andar gracioso, de cuerpo atrayente y de unas formas que tentarían al hombre más hastiado del trato femenino. Un día la citó para dar un paseo por la falda de la montaña. El atardecer les tomó en pleno coloquio amoroso. La penumbra les envolvió breves minutos más tarde y...

—¿Qué más? ¿Qué más contó?—dijo Lola sin contener las gruesas lágrimas que comenzaron a bañar sus ardorosas mejillas.

—Felipe—añadió Fanny—se negó a continuar el relato, aunque yo le pedí con insistencia que lo terminara. Pero Roberto, por lo visto, terminó de contar su interesante aventura, dando mu-

(Continúa después de la página infantil)

PODEROSO CABALLERO...



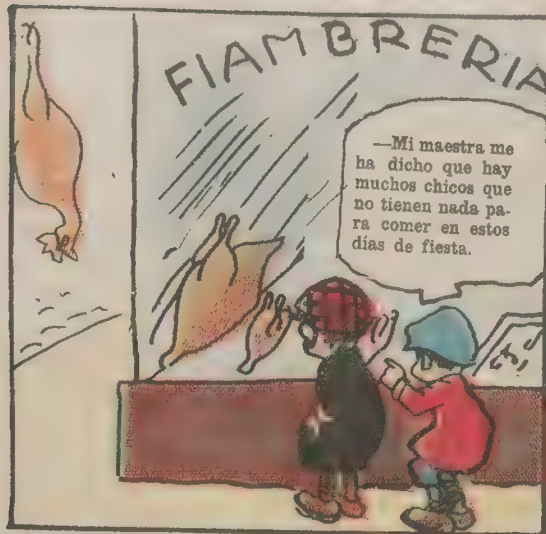
—¡Había algo que me agradaba de ti!
—¿Sí?
—Sí, pero ya lo gastaste...

S. M. EL CHAUFFEUR



El dueño del automóvil.—Tráigame la cuenta. Yo he tomado una galleta, un poco de queso y un vaso de cerveza. ¿Qué ha tomado mi chauffeur?
El mozo.—Una langosta de Chile, dos patas de pavo, media botella de Pinot, café, coñac y una yunta de habanos.

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

























Continuación de "El novio modelo"

chos datos particulares de su compañera. Dijo que se llamaba Rosa Lilet. Exhibió una fotografía de Rosa, con una dedicatoria amabilísima. Cuando aquélla pasaba de unas manos a otras de los que formaban la rueda, celebrando todos la belleza extraordinaria de Lilet, el camarero—que había seguido la conversación—se abalanzó sobre el grupo y arrebató la fotografía gritando: "¡Mi esposa!" "¡Si es mi esposa"!, y después de besar el retrato efusivamente, pidió explicaciones a Roberto y, tras un cambio de palabras, ambos se abofetearon, produciéndose heridas de pequeña importancia, según me dijo Felipe.

Lola no pudo continuar escuchando a Fanny y se retiró nerviosa, sin saber lo que hacía, llorando amargamente.

Fanny enmudeció luego, sumergiéndose, avergonzada, en una meditación profunda. A los pocos minutos, levantó su mirada, que había mantenido fija en el suelo, chocando con la de Clarita que, aturdida, apenas atinó a decir con un dejo de arrepentimiento: "esta tarde, hemos matado en Lola la mejor ilusión de su vida".

Eduardo ALONSO CRESPO.

El ámbar y sus secretos

Sabido es que casi todo el ámbar que se consume en el mundo procede de las costas del Báltico, entre Memel y Cranz, siendo su principal centro de extracción las famosas minas sub-acuáticas de Palmnicken.

Lo que ya no se sabe de modo tan general, son ciertas particularidades de la industria del ámbar.

La principal consiste en que un 90 por 100 de lo que se expende generalmente como ámbar, es una preparación hecha por la química, y a la que sirve de base al ámbar puro. Y no puede ser de otro modo. Ha de tenerse presente, en efecto, que el ámbar puro, tal como se extrae de las minas o es arrojado por el mar a las costas prusianas, se vende al comercio a 325 francos el kilogramo, como término medio, habiendo una clase superior de ámbar que se cotiza a 625 francos la misma unidad de peso.

Teniendo presente ese dato hagamos una ligera cuenta. Si nos decidimos a comprar una boquilla de ámbar para cigarrillo, es posible que, de no ser muy exigentes respecto a la manufactura artística, la obtengamos por cinco francos. Pesada esa boquilla, veremos que asciende su peso a 10 gramos próximamente. De modo que para que el comerciante haya podido vendérnosla en los cinco francos, ganando algo, y remunerándose su trabajo de hechura, lo más que habrá debido pagar por el kilogramo de primera materia es 60 o 70 francos. Ahora bien, compárense estas cifras con las anteriormente consignadas y se comprenderá que no podemos ufanarnos de que sea ámbar lo que nos vendieron por tal. En suma, que lo que llevamos entre los labios, no es sino un trocito del producto conocido en Alemania con el nombre de "amberoide", y de cuya elaboración conviene tener idea.

La administración alemana vigila cuidadosísimamente los talleres de Koenisberg destinados a esas transformaciones del ámbar. Son tan exageradas las precauciones que sólo pueden ser visitadas las fábricas mediante autorización especial del Departamento de Manufacturas del Estado, y en un plazo máximo de media hora para cada establecimiento.

Todo lo cual no impide que se sepa, a grandes rasgos, cómo se hace en Koenisberg el amberoide. Los trozos de ámbar puro demasiado pequeños para ser convertidos en objetos de arte o en boquillas de "narghileh", son ante todo raspados meticulosamente por diestras obreras. Tiene por objeto dicha raspadura evitar que lleve la resina a operaciones ulteriores, algún cuerpo extraño, caso en el cual se echaría a perder la preparación. Del exquisito cuidado que habrán de tener las operarias da idea el siguiente detalle: no ya un granillo de arena incrustado en el pedazo de ámbar, sino una partícula de polvo, sería bastante a estropear ingredientes valorados en muchos cientos de francos.

Las pobres raspadoras se dejan, pues, la vista manejando cuchillas y gamuzas, y cobran 7 marcos por cada kilogramo de ámbar limpio. Pero como el ámbar es muy ligero, la operaria más diestra invierte tres o cuatro días de trabajo asiduo en dejar preparado un kilogramo del producto.

Tras del raspado de los trozos viene la clasificación de los mismos con arreglo a sus coloraciones, y luego se lleva a cabo el molido. Una máquina de gran precisión reduce a polvo finísimo los pedacillos de ámbar, yendo luego este polvo a vastos tanques, donde es sometido a la acción del éter sulfúrico, a fin de dar, según parece, más uniformidad al color de la pasta. La quinta operación consiste en el fundido, tras de la cual pasa el subproducto a los moldes y a las prensas hidráulicas que han de dar cohesión al amberoide. A veces suele inyectarse en la pasta, antes de su enfriamiento, ciertos compuestos químicos destinados a imitar las vetas o estrías presentadas por algunas clases especiales de ámbar puro, muy apreciadas por los pueblos orientales. Los bloques obtenidos son luego vendidos en bruto a las fábricas de objetos de amberoide.

Al público

Llevamos a conocimiento del público en general que habiendo terminado las relaciones entre la administración de esta Revista y los señores Francisco Manzano y Eduardo Escalera, "Fray Mocho" no reconocerá en lo sucesivo ningún pago hecho a dichos señores, ya sea como abono de suscripción o ya por cualquier otro concepto, pues las nombradas personas quedan expresamente desautorizadas para realizar gestiones o percibir valores, en nombre o representación de este semanario.

"ATIFINANTZA"

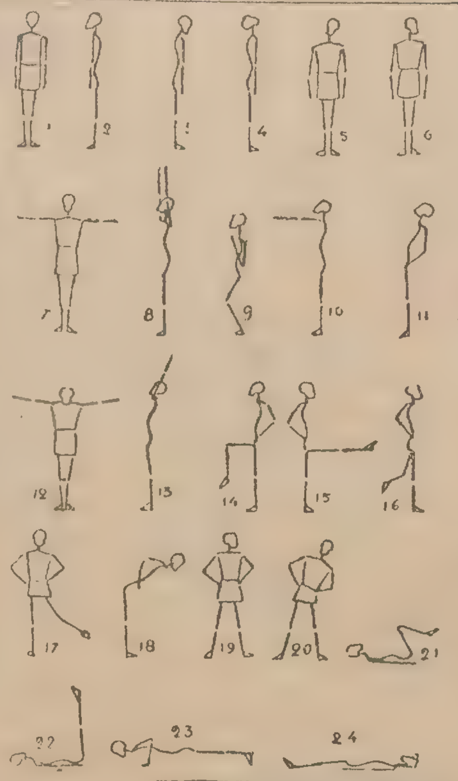


¿De qué nacionalidad es el individuo que habla con la señorita?

Para conservar la salud

Catorce minutos de gimnasia diaria

Sin necesidad de aparatos, por una serie de movimientos fáciles, y destinando un minuto a cada clase de movimientos, se logra proporcionar al cuerpo la gimnasia indispensable, sobre todo para las personas de ocupaciones sedentarias. Las indicaciones que siguen y el grabado que las acompaña, ilustrarán suficientemente al lector sobre la forma y fin de cada movimiento, que se repetirá de 4 a 6 veces por minuto. Siete minutos por la mañana y otros tantos por la noche bastan para realizar dos veces al día la serie completa de ejercicios:



1.° Posición fundamental, núms. 1 y 2; movimientos de la cabeza a derecha e izquierda, hacia atrás y hacia el pecho; núms. 3, 4, 5 y 6. Efecto: acostumbran a la actitud normal de pie; fortalecen y agilitan los músculos del cuello y la cabeza.

2.° Movimientos de los brazos y de las piernas, núms. 7, 8, 9 y 10. Facilitan el juego de las articulaciones; fortalecen los músculos; marcha fácil.

3.° Extensión dorsal, núms. 11, 12 y 13. Enderezamiento de la columna vertebral; desarrollo del pecho.

4.° Equilibrios, núms. 14, 15, 16 y 17. Educación del sistema nervioso; coordinación del movimiento; facilidad de la actitud general y de la marcha.

5.° Ejercicios del tronco, núms. 18, 19 y 20. Facilitan el juego de la columna vertebral y de los músculos del tórax; fortalecen los hombros para llevar pesos.

6.° Ejercicios de los músculos abdominales, núms. 21, 22 y 23. Fortalecen los músculos del abdomen; evitan la propensión a la obesidad y a las hernias.

7.° Ejercicio respiratorio, núms. 24. (Tendido de espaldas en el suelo, el individuo hace una aspiración profunda, con la nariz solamente, y luego una expiración también completa). Aumenta la capacidad de los pulmones; lleva a la sangre mayor cantidad de oxígeno.

Estos ejercicios deberán ser practicados al aire libre, y si esto no es posible, cerca de una ventana abierta. Se evitará la ropa ajustada al cuerpo.

Las primeras loterías

En Roma hubo loterías públicamente organizadas: con ocasión de las fiestas saturnales se arrojaban al pueblo tablillas en las que había la inscripción de diversos dones.

En el siglo XV los comerciantes venecianos, para desembarazarse de las mercancías que no hallaban fácil salida, apelaban a las rifas.

La primera lotería de beneficencia se estableció en Malimas (13 de septiembre 1919) en favor de la gran iglesia de San Pedro y de la Hermandad de San Jorge.

La lotería fué introducida en Francia por los italianos que acompañaron a María de Médicis en 1533.

Jacobo I de Inglaterra, en 1612, hizo una lotería de 30.000 libras esterlinas.

La lotería del Estado fué ideada por los italianos. Teniendo la República de Génova (1614), necesidad de dinero, se adquirió éste por el sistema seguido por el ''Banco del Seminario'', que era una lotería particular.

Los chinos también conocen la lotería.

En España, las rifas existieron en plena edad media. En 1276 publicó Alfonso X el ''Sabio'' el ''Ordenamiento de las tafurerías'' o casas públicas de juego.

La lotería del Estado fué creada en España en 30 de septiembre de 1763 por Carlos III, extrayéndose cinco números entre noventa, aplicándose al principio las ganancias al hospital de Madrid.

La moderna lotería nacional en dicho país, fué implantada por las Cortes de Cádiz en 13 de noviembre de 1811. Esta lotería fué desarrollada en grande escala por Fernando VII.

Una cárcel en una cueva

Puede casi asegurarse que la cárcel más segura del mundo, y una de las más originales, es la de Graham County, en Arizona. Como que no es sino una gran caverna en una colina de durísimo cuarzo, en la que los presos quedan poco menos que sepultados en vida. La caverna sólo es natural en parte; primitivamente era mucho más pequeña, pero se la agrandó por medio de la dinamita y se le abrieron, a bastante altura sobre el suelo, unos boquetes que hacen las veces de ventanas. Interiormente está dividida en cuatro compartimientos, y por fuera tiene un portal o vestíbulo de fábrica en el que se han hecho pequeñas habitaciones para el personal de la cárcel. Tanto la comunicación de este vestíbulo con el interior, como las ventanas, se cierran con triples rejas cuyos barrotes son de acero, de tres centímetros de diámetro.

Fácilmente se comprenderá que todo intento de fuga es en esta cárcel imposible. Los muros, de roca natural, tienen más de treinta metros de espesor; las ventanas, además de su elevación y de sus rejas, son punto menos que inaccesibles desde el interior de la prisión por lo liso del muro.

Los corredores son más bien tortuosas galerías de topo, y la puerta está vigilada día y noche, exigiendo además la fuga por ella el cortar tres puertas de reja de acero.

Estadistas sudamericanos

Brum

El actual presidente uruguayo es una personalidad descollante. Reune a condiciones de carácter admirables, una juventud promisora, que augura para aquel país días de fecunda labor en el seno de la paz.

Trataremos, dentro del espacio reducido que podemos disponer, de trazar su biografía.

Su vida pública es corta. Nace del instante en que Batlle lo llama al Salto, donde atendía su bufete de novel abogado, para ofrecerle la cartera de instrucción pública.

Pero su pasaje por las aulas había sido fecundo en éxitos. Venido del norte, de los confines del Uruguay, de las abruptas sierras del Catalán, cerca del Cuareim, que limita el Uruguay con el Brasil, llegado del establecimiento de campo de su señor padre D. José Brum, a cursar los estudios universitarios, lucha al principio con las dificultades del idioma, que pronuncia mal, porque en su zona de origen se hablan indistintamente las dos lenguas — que se confunden en un dialecto peculiar.

Esas dificultades no son, sin embargo, óbice a sus triunfos. Tesonero y luchador, paciente y activo, de inteligencia pronta, razonamiento seguro, sus profesores de derecho le discieren las más brillantes clasificaciones y sus compañeros de aulas lo reconocen honestamente el primero entre los de su año.

Terminada su carrera, va a Europa y completa en los grandes centros su cultura general, tan necesaria para los hombres de gobierno que deben presidir los destinos de una nación.

Pero, como dijimos, su carrera política se inicia en la segunda presidencia del señor Batlle y Ordóñez, cuando aún no había llegado a la edad constitucional necesaria para ocupar una secretaría de Estado. Y tan es verdad lo que decimos que habiéndosele ofrecido la cartera de instrucción pública, Brum hubo de no aceptarla, porque le faltaban tres meses para cumplir los treinta años.

El presidente Batlle, conocedor del valimento del candidato, deja acéfala esa cartera y espera a que llegase la fecha para extender el nombramiento.

Baja Brum a la capital en el mes de junio de 1913 e inicia su tarea gubernamental dando un vigoroso impulso a la instrucción pública.

Sus proyectos de ley se caracterizan por su sencillez y por el fin inmediato y práctico que de ellos resulta. Nada de amplios y abstrusos problemas que duermen en las carpetas de las comisiones parlamentarias. Con una visión clara de la situación política teniendo muy en cuenta el factor económico, que hace fracasar innumerables iniciativas, Brum se dedica a organizar, perfeccionar, mejorar el mecanismo docente, sin dejar por eso de implantar sus ideas pedagógicas.

Pero su mayor obra fué elevar la cultura general del pueblo. Para ello, presenta el proyecto de bibliotecas liceales, extendiendo a las 18 capitales departamentales los beneficios de una biblioteca popular de que sólo gozaba Montevideo.

Proyecta la gran ley de enseñanza gratuita, abriendo las puertas de la universidad al hijo del proletario, hasta entonces proscripto por los impuestos y derechos.

La enseñanza universitaria no es hoy, gracias a él, patrimonio de las clases adineradas, y el hijo del obrero sale de su condición de tal, gracias a los beneficios de esta ley.

No se detiene allí su labor constructiva. Las cátedras libres que unifican el ambiente universitario, trayendo gente nueva que eleva el espírtu de los discípulos en ideales diversos a los propiciados por los viejos catedráticos fatigados y rutinarios; la reglamentación de la asistencia obligatoria a las escuelas; la difusión gratuita de los textos escolares; el fomento a la edificación de escuelas y liceos y otros mil proyectos y reglamentos, fijan una era brillante con el pasaje de aquel ciudadano por el ministerio de instrucción pública.

Elegido el doctor Feliciano Viera presidente de la república, conocedor profundo de sus méritos, lo lleva a su lado dándole la cartera del interior.

Ministerio político por excelencia, Brum no descuida por eso las demás actividades y su voluntad de tesonero batallador se puso a prueba en el tiempo que ocupó el difícil cargo.

Se consagra desde ese puesto, campeón de la fuerza del sufragio y dirige las elecciones del 30 de julio donde el partido del gobierno fué derrotado.

Bastaría este solo hecho para evidenciar hasta donde llega la moral política de Brum, pues estando en sus manos la fuerza de las policías y de las intendencias, no toleró la menor irregularidad que diera margen al más ligero comentario desfavorable.

Pero su obra en el ministerio se intensifica en lo que se relaciona a la campaña.

Dedicó un cuidado especial al estudio de los problemas de seguridad y mejoramiento tan necesarios para el progreso de la nación, cuyas riquezas tienen su basamento más sólido en la agricultura y la ganadería.

"Siento especiales predilecciones por los asuntos rurales—decía en una ocasión memorable—los que constituyen tema familiar de mi vida privada y han merecido la atención preferente de mi vida pública."

Perfeccionó las policías departamentales; dió plena autonomía a los jefes políticos, facilitándoles la separación de los funcionarios incompetentes y dándoles plena libertad para proponer a los reemplazantes, entendiendo, con justo criterio, que eran aquellos los más indicados para una buena acción de sus subalternos. Propició la autonomía de los municipios con la feliz iniciativa que puso bajo su dependencia inmediata a las inspecciones técnicas regionales que antes dependían directamente del ministerio de obras públicas, lo cual originaba frecuentes conflictos con las intendencias, causando grandes trastornos en la gestión departamental. Para que la campaña fuese mejor vigilada impuso a los jefes políticos la obligación de recorrer trimestralmente, por lo menos, de dar cuenta al ministerio del resultado de sus jiras, de elevarle todas las denuncias que se les hiciere por robo de ganados, y de informarlo, semanalmente, sobre el resultado de las investigaciones que se practicaran con motivo del abigeato.

Mientras estuvo a su cargo dicho ministerio, no se produjo ni una sola reclamación por falta de garantías, ni dejó de ser inmediatamente atendida cualquier denuncia contra los funcionarios de su dependencia y cada vez que el resultado de los sumarios que mandó instruir arrojó alguna responsabilidad para aquellos, les impuso el correctivo correspondiente. La vialidad rural le mereció una constante atención, facilitando siempre, en todo lo que estuvo a su alcance, la tarea de los intendentes y tratando de arbitrar recursos para esta obra esencial.

No se detiene, sin embargo, aquí su gestión. Proyecta la ley de represión del proxenetismo, acabando

ESPARTACO PROTESTA



—¿Espartaquistas? ¿Quieren meterme en sus enjuagues? ¡Avisen si me han visto cara de alemán!

con la plaga innoble de los "souteneurs" y "maquereaux", y en un memorable mensaje, con palabra sincera y sencilla defiende su ley de "derecho a la vida".

"Es inconcebible — dice — que en una nación civilizada una persona pueda morirse de hambre". He ahí concretado todo el razonamiento en que se funda la ley. Por ella, el obrero sin trabajo tiene el derecho de que el Estado lo alimente mientras las oficinas públicas de trabajo no le hallen ubicación conveniente.

Presenta desde ese ministerio otro proyecto humanitario. Hasta entonces, las leyes sólo se habían ocupado de la situación del empleado público y ninguna intervenía en la protección del empleado privado, que el capricho o la arbitrariedad del patrón deja a menudo en medio del arroyo, después de haber contribuído al acrecentamiento de su bienestar y hasta a la formación de su fortuna.

Brum envía a la sanción legislativa un justiciero proyecto corrigiendo esa falla de la legislación, proyecto que ya ha obtenido la sanción de la cámara de representantes.

Mientras el ministro de hacienda, don Pedro Cosio, era enviado en misión financiera a Estados Unidos ocupa la cartera dejada por éste, el doctor Baltasar Brum. Su paso por esa cartera revela el espíritu inquieto y emprendedor de Brum.

Las finanzas públicas, por causas exteriores tales como la conflagración europea están en déficit y Brum, mejor que dejar atrasar los presupuestos, busca recursos. De ahí un impuesto a las hipotecas que apartó más de seiscientos mil pesos a rentas públicas sin perjudicar más que a los poseedores de fortunas que traficaban con ellas obteniendo pingües beneficios.

Rebaja el derecho a las sederías, y esta rebaja prueba la admirable previsión de Brum que hace dar a este renglón diez veces más derechos de aduana que los que abonara cuando sus derechos de importación eran casi prohibitivos y obligaban al contrabando.

Estatuye el impuesto de contribución inmobiliaria doble a los propietarios ausentes, a fin de obtener recursos para exonerar de derechos universitarios a todos los estudiantes.

Su acción vigilante y austera, no olvidó un solo resorte de la administración y los tres meses que duró su interinato fueron admirablemente aprovechados.

Pero donde se descubre el valer intrínseco del candidato es en el ministerio de relaciones exteriores, cartera que ocupa una vez pasada la memorable fecha del 30 de julio, día en que se efectuaron las elecciones para la asamblea nacional constituyente.

Allí es donde Brum obtuvo su consagración definitiva. Y ésta no es sólo dictada por el amor de sus conciudadanos, sino que se ratifica por la desapasionada y justiciera crítica de eminencias extrañas al Uruguay.

Lugones, Saa Viana, John Barret, Rivarola, Moarcyr, juzgan la política internacional de Brum con juicios vehementes y entusiastas.

La doctrina del arbitraje amplio encuentra en Brum su más ardoroso paladín. Por eso concurre a la cámara de representantes y en dos sesiones memorables fija el espíritu de su doctrina con palabra clara y sencilla y hace el más fuerte alegato en su defensa, demostrando que el futuro la impondrá como una necesidad en las relaciones de los países.

Francia, Inglaterra e Italia, naciones cuya situación de potencias las hacía mirar desdeñosamente a nuestras pequeñas repúblicas americanas, aceptan concertar tratados, en los que se hacen carne los más puros principios de internacionalismo, y colocando así a las naciones de Sud América en igualdad de situación moral y reconociendo una vez por todas que no tratan con países de civilización inferior.

Los asuntos entre extranjeros y el Estado, en los que aquéllos daban intervención a los representantes diplomáticos de su nación sacando de sus límites naturales a cuestiones que sólo debían ser tratados en los países originarios se ventilarán, gracias a Brum, por los tribunales ordinarios del Uruguay. Este reconocimiento de soberanía obtenido por esa gestión de la cancillería uruguaya coloca a la nación hermana en una situación privilegiada, dado que suprime un semillero de cuestiones que pudieran ser base de serios conflictos internacionales.

Las dificultades creadas por la guerra europea encuentran a Brum al frente del ministerio de relaciones exteriores.

Sus decretos sobre neutralidad fijan normas definitivas.

Merece consignarse su respuesta a la nota del gobierno alemán, que declara el bloqueo submarino sin restricciones.

"Esperamos todavía, terminaba, que el gobierno alemán se mantendrá en su acción dentro de los límites del derecho, respetando aquellos principios de humanidad y justicia tantas veces sustentados por sus hombres de pensamiento, y base de las relaciones amistosas que han cultivado sin alteración nuestros dos países pero, no obstante esa esperanza, se reserva el derecho que el gran internacionalista alemán llamaba *indisputable* de tomar las medidas convenientes contra los procedimientos contrarios a los usos internacionales, así como también contra los excesos arbitrarios que lo amenazan."

Valiéndose de las palabras de los grandes internacionalistas alemanes, respondía altaneramente al brutal gesto con que el kaiserismo pretendía intimidar al mundo.

Pero, en nuestro entender, la más gran condición, como internacionalista, de Brum, es su fe en América. América, continente, gran nación, dividida en estados que no son rivales, sino fraternos cuya acción debe ser solidaria, cuyas aspiraciones deben ser conjuntas y cuyos derechos deben ser proclamados ante el mundo con la fuerza de una sola voz.

Tal la visión de Brum patentizada en su célebre decreto del 17 de julio de 1917, en el cual declara:

"Ningún país americano que en defensa de sus derechos se hallare en estado de guerra con naciones de otro continente, será tratado como beligerante."

He ahí, traducidos en hechos, los ideales soñados por Brum.

Esa doctrina uruguaya, basta para hacer grande a un hombre, y Brum es su autor y su celoso defensor.

La acción de la cancillería uruguaya toma bajo la dirección del nuevo presidente de aquella nación, tal brillo que en América entera se oyen juicios laudatorios sobre aquel país, y Estados Unidos, el coloso del Norte, en momentos que inicia su admirable y democrático empuje en la guerra europea, no olvida a su gran amigo del Uruguay y lo invita gentilmente a visitar sus dominios.

De su jira triunfal por América, nada diremos en esta biografía.

Ella se viene sucediendo de una manera victoriosa por los países que el doctor Brum recorre, y en todas partes, entre el calor del recibimiento, queda la simiente de una futura unión en pro del derecho y la justicia, simiente que ha de fructificar en breve plazo, haciendo de América un modelo de democracia republicana.

Martínez Thedy, el prestigioso tribuno uruguayo que con ocasión de nuestras manifestaciones pro aliados hizo estremecer con la fogosidad de su verba sincera nuestras multitudes, comparó a Brum con Nicolás Avellaneda. Repitiendo lo que de éste dijera Alvarado Melian Lafinur, haríamos el mejor elogio del futuro presidente uruguayo. Decía Lafinur:

"Siempre se nos aparece como un espíritu sano y ponderado, poseedor de un talento claro, flexible. Sin llegar al rasgo genial, mantiénese siempre a una gran altura entre la inteligencia, el corazón y el carácter, que se resuelve en un sereno optimismo, en el amor a la vida y la fe de la acción; en esa elevación moral que es la más bella enseñanza que debemos a los grandes argentinos del pasado."

Tal es el doctor Baltasar Brum, presidente del Uruguay.

OFTALMOLÓGICA



Todo lo que, a juzgar por la sensación que uno siente, encuentra el médico cuando le revisa el ojo para extraerle un cuerpo extraño.

Cuentos malagueños

TRATO HECHO

Antonio el "Moreno" se dirigió a la mesa junto a la cual estaba el "Pelirrojo", y sentándose junto a éste, no sin antes golpearle afectuosamente, con una mano, en el hombro, exclamó, dirigiéndose al mozo de "Los Leones", que, reclinado contra una de las cuarterolas y con los brazos cruzados sobre el pecho, entreteníase en silbar uno de los tangos más en boga.

—A ver, tu, Isidoro, café pa mí y unas copas de veneno pa la compaña.

El "Pelirrojo" permaneció, grave y circunspecto, sin abrir los labios, como era en él casi sistema, y sólo cuando Isidoro hubo colocado delante de él los nuevos cortados de aguardiente, dignóse preguntar, con voz campanuda, al recién llegado:

—Qué, ¿cerraste por fin el trato con el de Osuna?

—Cá, señó Curro; pos no está ese gachó mu dequivocaíllo, camará; usté, supóngase que, el mu alma mía, se me ha dejao caer ofreciéndome por los seis muletos y los dos potros dos mil pesetas, cuando las dos mil pesetas, como usté sabe mu requetebién, lo valen na' más que el pasarle las manos por las ancas.

—Sí que los bichos valen lo suyo—dijo el señor Curro, con acento reposado,—y yo creo que el hombre subirá la tara y arrematará por llevárselos; pero es que como está tan a gusto aquí, pos es natural, ese tira y afloja que se trae contigo le sirve al hombre de pretexto pa no izar el ancla de esta badía.

—¿Y él qué interés tié en no izar el ancla de esta badía?

—¡Pos ni que tú vivieras en la luna! Pos si toíto er mundo sabe que el gachó está una miajita ilusionao por la Lucesita, la novia de tu compadre Antoñico el "Tarambana".

—¿Por la novia del "Tarambana"?—exclamó, mirando lleno de inquietud al "Pelirrojo", el "Moreno".

—Por la misma, y lo más peor no es que él esté por ella una miajita ilusionao, sino que, según parece, a ella no le pone él tampoco la boca amarga, y pa mí que si el de Osuna no agüeca pronto el ala de aquí, va a tener tu compadre que tomar la mar de Zarzaparrilla de Bristo.

Cuando una hora después penetró en su casa el "Moreno", iba con el entrecejo fruncido y la cara para que nadie intentara pedirle un favor.

—¿Qué es lo que te ha pasao a ti, so mal ange, que traes una cara que ni pintipará pa que yo pía el divorcio?—le preguntó su mujer, la cual, con las mangas arremangadas y dejando ver, por tanto, desnudos sus brazos redondos, y tan nítidos que dejaban transparentar las azules venas, y sus pies, de indiscutible abolengo andaluz, empleábase en tender la ropa, recién lavada, que iba sacando de una canasta.

Antonio el "Moreno", que al penetrar en el patio lo primero que había hecho había sido quedarse en mangas de camisa y sentarse en una vieja mecedora, no se dignó contestar a la pregunta de su bizarrísima consorte, y, durante algunos minutos, permanecieron ambos silenciosos.

El patio presentaba un risueño golpe de vista con sus bien cuidados arriates, que la mano de Mariquita cuidábase de limpiar de hojas secas y de flores mustias, y que sus desvelos habían convertido en reducidos vergeles, en que imperaban las notas de rubíos de los geranios y las no menos purpurinas de los claveles de bengala; un a modo de tapiz de enredaderas vestía la parte más ruinosa del muro, donde ponían una nota de intensa poesía las azules campanillas; un carambuco lucía, en uno de los extremos, sus áureos botones, y en otro, un jazmín lucía sus flores perfumadas; en el centro del patio, y sobre el carcomido brocal del pozo, goteaba el cubo, pendiente de una garrucha, y junto al brocal, sobre un tenderete de pino, el enorme lebrillo de lavar, aún lleno de jabonosas y espumantes aguas, hablaba elocuentemente de la índole pulcra y hacendosa de Mariquita.

—¿Conque no se puée saber—preguntó ésta—qué malita yerba ha sío la que ha' pisao hoy el hombre más pelmazo y más guasón que ha puesto un "divé" en este valle de lágrimas?

Sonrió Antonio, y como ya sentía hervirle en el corazón lo que tanto le preocupaba, y como no se sentía nunca a gusto hasta confiar cuanto pensaba y sentía a su compañera,

—Cállate tú, chiquilla—exclamó con acento malhumorado;—que acaba de decirme una cosa el señor Juan el "Pelirrojo" que me ha puesto la boca más amarga que la tuera.

—¿Y qué ha sío lo que te ha' dicho esa carretá de años y de güesos y de malas intenciones?

—Pos lo que me ha dicho ha sío... Tú sabes mu bien lo que yo quiero a mi compadre Antoñico el "Tarambana".

—Vaya si lo sé; pregúntamelo a mí, que cuasi tuve que peirle por la Pastora Divina que no me pusiera chinitas en el camino, cuando tuve el mal gusto de consentir en ser yo la que te lavara y la que te planchara y la que te espulgara y la que te zurciera toas tus prendas interiores.

—Y tú sabes—continuó el "Moreno", sin parar mientes en las palabras de su mujer—que, si Antonio ha dío a Córdoba no ha sío más sino porque yo se lo peí por favor, pa que me arreglara una chapuza que yo tenía por arreglar con los "Mellizos" del Tebas.

—¿Pos no he de saber, qué gracioso que eres tú; no lo he de saber, si me jiciste que te emprestara los cuatro chavicos que tenía yo arrejuntaos, pa pagarle a tu compadre el viaje, porque aquel día estabas tú con más boqueras que un mirlo?

—Y que de eso te puées tú quejar, salero, cuando eres peor que nadie pa las gabelas.

—¿Y el peligro que corro yo de que no me pagues? ¿No ves tú que si te cito a juicio no me va a querer servir el juzgao?

—Güeno, dejemos eso y vamos a lo que más interesa, o sea a lo de mi compadre, al que me parece que le voy a poner un parte pa que se venga enseguía.

—¿Pero, eso por qué?

—Pos por una razón mu sencilla; porque según me acaba de decir el señor Juan, Pedro el de Osuna, el que ha venío a ver si puede arrecoger los seis muletos y los dos potranquillos, anda dándole coba a la Lucesita, y como la Lucesita, sin ser mala, le gusta más el "chufleo" con los hombres que a ti mirarte en los ojos e mi cara...

—Jesús, María y José, ya ves, por tu causa me he costipao.

—Pos bien; conforme te iba diciendo, si mi compadre a dío a Córdoba, ha dío por mo de mí, pos es naturá, estoy que me ajogo con un soplío.

—¿Y qué curpa tiées tú de que a la Lucesita le guste más que el turrón que la miren y la "chufléen"?

—Sí, pero es que yo sé que mi compadre está más loco que un cencerro por la Luz, y si viée y se trompieza con que el de Osuna le jace musarañas a su jembra, es mu posible que al hombre le dé la picá, y ya sabes tú lo que es el compadre cuando le da la picá, que dos picás que le han dao en su vía, una le costó estar tres meses y pico en el hospital y la otra una temporá en el Peñón de la Gomera.

—¿Y qué quiées tú jacerle, qué curpa tiées tú de to eso, si es que pasa?

—Es que si mi compadre no hubiera dío por mo de mí a Córdoba, no hubiera pasao naíta; porque como la Luz, a pesar de to, a quien bien quie re es a mi compadre y, además, le teme más que a una espá esnúa, pos ¡cómo si lo viera! al primer guiño del de Osuna le hubiera güerto la espalda, y se acabó mi cuento.

—Sí, en eso tiés razón—murmuró, pensativa, Mariquita, y tras algunos momentos de meditación:

—Vamos a ver—preguntó sonriendo maliciosamente a su marido; ¿qué te costaron a ti los seis muletos y los dos potranquillos?

—¿Y qué tiée que ver eso con lo que yo digo?

—Vamos a ver, tú contéstame a lo que yo te pregunto.

—Pos bien; a mí, entre lo que me costaron y lo que se ha arrimao, me vienen a estar... me vienen a estar...

Y tras echar cuentas durante algunos instantes de modo mental, el "Moreno" continuó:

—Pos bien; entre unas cosas y otras y chispa más o chispa menos, a mí me vendrán a estar en unos seis mil reales mal contaos.

—¿Y cuánto te ha ofrecido a ti por ellos el de Osuna?

—Pos a lo más que ha llegao a subir ha sío a dos mil "tordas" y la convidá.

—¿Y tú cuánto quieres sacar más de eso?

—Yo, menos, pero que un peazo menos de lo que valen; tú supone que lo que yo quiero que me den es diez mil quinientos reales.

—¿Y dices tú que el de Osuna no ha venío aquí más que pa cerrar este trato?

—Como que si ha venío no ha sío más que porque yo le aconsejé que viniera.

—Es decir, que en cuantito cierre el trato el hombre y arrecoja los bichos, ya puée el "gachó" estar saliendo de estampía, ¿no es asín?

—Eso creo yo.

—Pos, hijo, permíteme que te diga que hay días que te alevantas con los cinco sentíos jechaos en espíritu de vino. Si el de Osuna se va en cuantito cierre el trato; si lo que hay entre él y la Lucesita no es más que cuatro pamplinas y cuatro quiebros de cintura; si tú estimas tantísimo a tu compadre; si tu compadre se ha dío a Córdoba por mo de ti; si tú temes que si se entera del pamplineo de Luz con el otro puée el hombre buscarse una esaborición; si a ti los bichos te están a seis mil reales mal contaos y el de Osuna te ofrece ocho mil, una de dos, u eso del apego a tu compadre es pura guayaba, u hay días en que habría que ponerte una iluminación en la mollera.

—Pero, ¿a qué viée to eso?—preguntó a Mariquita mirándola con los párpados entornados el "Moreno".

—Pos viée a que no sé yo por qué has de apurarte tantísimo; y si no ¿quiées tú saber lo que yo jaría en tu lugar?

—Pos de juro que quisiera yo saberlo.

—¿Y qué me vas a dar por que yo te lo diga?

—Según sea lo que tú me digas.

—Pos suponte tú que yo te digo lo que jaría en tu lugar y que tú lo jaces y te queas tan contento y con la frente más lisa que la palma de la mano, y con la cabeza libre de tantas cavilaciones.

—En ese caso... chavó, en ese caso yo te daría... yo te daría...

—Vamos a ver, ¿qué sería lo que tú me darías?

—Pos yo te daría cien mil millones de besos de los de "chipé", y tos ellos en la boca.

—A mí me dejas tú de besos, que es mucha la cosecha que tengo yo de eso to el año. Lo que yo necesito son "parneses" u cosa que lo parezca.

—Vaya güeno; pos te daré el mantón que vende la señá Dolore la "Garabito".

—¡Olé por mi San Antonio!—gritó repiqueteando los dedos como crótalos Mariquita la "Clavelera", y después:

—Pos mira—dijo al "Moreno",—lo que yo jaría en tu lugar sería llamar o buscar enseguiíta al de Osuna y decirle:—"Mire usté, mozo güeno: como usté ha vinío a Málaga por mo de mí y se ha metío usté en gastos y yo soy hombre de consencia, yo le doy a usté los seis machos y los dos potrancos en las dos mil "púas" del alla, pero se los doy a usté con la condición de que se vaya usté enseguiíta y se lleve usté mismo los bichos. Y como el de Osuna, lo que se trae con la Luz no es más que un tonteo, pos el "gachó" trinca los bichos, se larga tan campante a Córdoba, y aquí no ha pasao na, pero naíta que ha pasao.

Antonio se quedó mirando como entontecido a Mariquita, y

—Pero eso, ¿cómo no se me ocurrió a mí?—exclamó lleno de asombro;—si eso no vale el mantón que te he prometío! ¡Si eso se le ocurre a un tapón de corcho, a un puñao de virutas, a un rancho de calamares! Si eso no es na, ni eso no vale na, si eso es como decir ¡Jesús! cuando se estornúa.

Mariquita miró con expresión de cómica indignación al que de modo tan cruel recompensaba su femenil clarividencia, y

—Pos eso no quiée decir más sino que tú "chanelas" menos que un tapón y que un puñao de virutas y que un rancho de calamares, y como yo no tengo la curpa de na de eso, a mí me tiés tú que mercar el mantón de la seña Lola "Garabito".

—Sí, mujer, sí—se apresuró a decir el "Moreno"—te lo compraré, ya lo creo que te lo compraré. ¿Qué culpa tiés tú de que yo sea tan bruto? ¡Por vía de la Malena! Ahora mismito me voy a buscar al de Osuna.

Y aquella tarde, cuando ya dado fin a los cotidianos quehaceres, penetró de nuevo en su hogar Antonio el "Moreno", exclamó sonriente y dirigiéndose a su mujer que, graciosamente acicalada, tocado de flores el magnífico cabello, le esperaba cosiendo sentada junto a la puerta del patio, en el que el sol muriente ponía sus últimas claridades:

—Dicho y jecho, camará; dicho y jecho, y toma y guarda en la gabeta esos "parneses".

Y al decir esto arrojaba algunos billetes de Banco en la falda a su mujer, que le preguntó sonriendo:

—¿Y qué, se va mañana, por fin, ese arma mía?

—Mañana mismo se va, gracias a Dios y a tu boquita de grana.

—Pa que aluego presuma la Luz con los tonteos del de Osuna. Y ya ves tú si puée tontear, cuando no ha valío pa él tan siquiera ni dos mil quinientos riales.

Y con razón, con sobradísima razón habíale contestado aquella tarde a su marido Mariquita la "Clavelera" cuando aquél le ofreciera cien mil millones de besos en pago de sus consejos, que de besos tenía ella siempre más que sobrada, sobradísima cosecha.

Arturo REYES.

El colectivismo agrario de Rivadavia

El señor Carlos G. Antola acaba de publicar, con el título que encabeza estas líneas, un interesante libro que no puede llegar en momento más oportuno, dadas las nuevas orientaciones que actualmente surgen por todas partes, referentes a la solución de los más arduos problemas sociales.



Señor Carlos G. Antola

En la expresada obra, el autor expone claramente el pensamiento de Rivadavia; afirma que la acción de este reformador se hallaba impulsada por una idea definida de justicia social, y rechaza la suposición de que Rivadavia hiciera socialismo agrario sin sospecharlo; pues, como dice el doctor Alfredo L. Palacios, en el prólogo del libro, Rivadavia y sus colaboradores hicieron socialismo consciente, ya que, en 1812, nuestro gran compatriota se preocupaba de la cuestión agraria, proponiéndose repartir gratuitamente a los hijos del país suertes de estancias proporcionadas y chacras para la siembra de granos, bajo un sistema político que asegurara el establecimiento de poblaciones, y la felicidad de "tantas familias que, siendo víctimas de la codicia de los poderosos, vivían en la indigencia y en el abatimiento, con escándalo de la razón y en perjuicio de los verdaderos intereses del Estado".

El libro que nos ocupa ha sido muy bien recibido por la crítica, y ha despertado general interés, tanto por el tema de que trata como por el momento en que sale a luz.

El fin de una antigua ciudad

Dera-Gadsi-Jan es oficialmente una capital de distrito de la provincia de Derayet, del Penyab (India inglesa), con 17.500 habitantes, pero no tardará mucho tiempo en dejar de existir, porque gradualmente le va comiendo el terreno el río Indo que se desliza a los pies de la población. Ya lleva una porción de casas derruídas cuyos ocupantes hubieron de abandonarlas al ver flaquear los cimientos por las filtraciones y los embates de las aguas.

El gobierno colonial viene ocupándose de proporcionar albergue y medios de traslado a los habitantes pobres que se quedan sin hogar mientras se hacen las obras necesarias para contrarrestar los efectos destructores del río.

Dera-Gadsi-Jan fué una de las principales ciudades del Damán. Su bazar contaba con unas 1.600 tiendas y era uno de los grandes mercados de la frontera y centro de considerable comercio de tránsito entre el Indostán y el Asia central. Además fabricaba telas de algodón y seda. Sus alrededores son malsanos, pero extraordinariamente fértiles y producen en abundancia granos, frutas de buena calidad, azúcar, algodón y añil.

Dentro de algunos años, cuando se hayan llevado a cabo las obras de defensa resurgirá, seguramente, una gran ciudad en el lugar de la antigua, pero será imposible reconstruir las antiquísimas mezquitas y tumbas que han desaparecido bajo las aguas.

La ceremonia de la labranza en Siam

Una costumbre siamesa muy antigua es la llamada "ceremonia de la labranza" que tiene lugar en el mes de mayo, época en la cual se siembra el primer arroz del año.

Los astrólogos eligen una faja de terreno, se construye en el lugar una especie de cobertizo y el ministro de Agricultura del país acompañado de dos sacerdotes preparan con una serie de ritos simbólicos la yunta de bueyes destinada a la realización de la ceremonia. Los bueyes, adornados con flores, se uncen al arado y labran la tierra por espacio de una hora guiados por el ministro.

Acabada la labranza se presentan cuatro ancianas de la casa del rey y siembran arroz consagrado dejándolo sin cubrir. Después se desuncen los bueyes y les ofrecen varias seras con diversas clases de grano. Según la creencia de los supersticiosos siameses, el grano preferido por la yunta de bueyes es el que ha de escasear en el año y en cambio ha de abundar aquel del cual comen menos. El ministro de Agricultura, acompañado de diversos funcionarios, y seguido de las cuatro ancianas que llevan los cestos de arroz consagrado, suele guiar la yunta de bueyes durante la ceremonia.

El mamut y el rinoceronte en Europa

Tanto el mamut como el rinoceronte han vivido en Europa y aun en la región donde ahora está París. Por cierto que hace ya rato: cosa de 40 o 50 siglos. El mamut que era un enorme elefante cubierto de lana y pelo, abundaba hace 4000 años en la Europa Central que entonces era una vasta soledad por la que erraban unas cuantas familias de salvajes, semidesnudos y probablemente antropófagos; pero cualesquiera que hayan sido sus defectos, debemos respetarlos: son nuestros antepasados. Abundaba mucho más en el norte de Europa y en Siberia. En aquella época también el rinoceronte tenía por casa propia a Europa.

El hipopótamo no se acercaba hasta la actual región de París porque le desagradaba el frío: prefería a Italia. En cambio no faltaban en Francia otros huéspedes peligrosos, por ejemplo unas veinte especies de tigre o león, contando al león actual, hienas, búfalos, renos y otros muchos animales desaparecidos de Europa hace muchos siglos. De manera que hace 4000 años la vida en Europa debía ser tan desagradable como el año pasado...

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00	Semestre	4.00	Semestre	6.00
Año	9.00	Año	8.00	Año	11.00
N.º suelto	20 cts.			N.º suelto	25 cts.
N.º atrasado	40			N.º atrasado	50

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Emparve de trigos.

Consejos a los agricultores

El trigo emparvado no sufre con las lluvias y temporales.—La lluvia tan necesaria por el cultivo del trigo, es después de recogida la cosecha, si se deja en el rastrojo, el gran enemigo del agricultor que no emparva.

El trigo mojado por simples rocíos pierde su buen color y disminuye de precio, calcúlese cómo quedará si el tiempo se pone lluvioso, como sucedió el año 1918; entonces empieza a "grillar" y el mejor grano puede perder por completo su valor.

En cambio, el trigo bien emparvado no sufre nada con las lluvias y temporales; por eso puedo decirse que "la parva es la tranquilidad para el agricultor".

El trigo emparvado mejora de calidad.—Pero no solamente la cosecha emparvada está garantida contra las lluvias, si no que mejora también de calidad y, por lo tanto, aumenta de precio.

Es bien sabido que el trigo emparvado tiene más peso y mejor color y que se conserva más tiempo sin picarse, lo que hace que sea preferido tanto para la industria molinera como para la exportación.

Se ha comprobado que el trigo completa mejor su madurez a la sombra, estacionado en las parvas; en cambio el sol fuerte del rastrojo en los meses de cosecha lo perjudica mucho, y más aún la humedad como ya lo hemos indicado.

No hay pérdida de grano.—Cuando el trigo se deja en el rastrojo sin emparvar, se pierde después mucho grano al acarrear las gavillas hasta la trilladora.

El grano se cae fácilmente de las espigas resecas por el sol y después el personal de la trilladora no se preocupa tampoco de evitar esta pérdida.

En cambio, cuando se trilla trigo emparvado, la trilladora trabaja al lado de las parvas y no hay pérdida de grano.

Todavía, cuando el trigo está emparvado los pájaros granívoros y otras aves no pueden comer los granos de las espigas y tampoco hay pérdida alguna por esta causa.

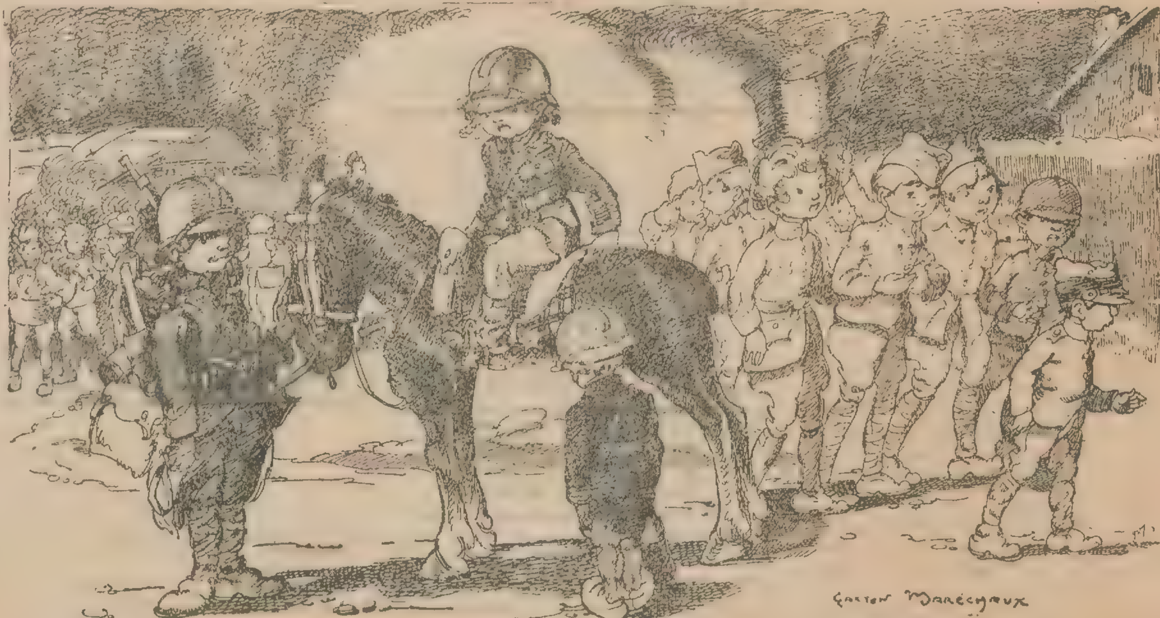
Si llueve durante la trilla el trigo no sufre perjuicios.—Si llueve y se está trillando trigo emparvado, debe pararse necesariamente el trabajo, lo mismo que si se trilla en el rastrojo; pero con la diferencia de que tapándose la parva con un encerado, cuando deja de llover, la tarea sigue sin ningún inconveniente, desde que el trigo no se ha mojado.

En cambio, cuando se trilla en el rastrojo, el trabajo no puede seguirse hasta que se sequen las gavillas que han soportado toda la lluvia a la intemperie, lo que produce demoras y gastos, y perjudica la calidad del trigo.

La parva facilita todos los trabajos de la trilla.—Solamente la mejora que, como hemos visto, se consigue en el trigo emparvado, lo mismo que la protección contra las intemperies, bastarían para demostrar las conveniencias de las parvas, pero todavía esta práctica tiene una influencia muy favorable sobre la trilla, facilitando todas sus operaciones.

La vigilancia durante la trilla debe ser constante para que no se pierda grano en la paja, para que la trilladora no quiebre el trigo, etc., pues bien, el agricultor que tiene su trigo emparvado está completamente libre para vigilar la trilla sin separarse de la máquina, mientras que si se trilla en el rastrojo debe atender también en el campo el acarreo del trigo a la trilladora.

LA GUERRA MENUDA



—Capitán: nuestra primera línea ocupa la huerta y ya no hay más tomates; esperamos municiones...

Además, el trigo emparvado se trilla ligero y con regularidad, desde que la trilladora trabaja al lado de las parvas y no es necesario cambiarla de sitio, como cuando se trilla en el rastrojo, perdiendo tiempo mientras se transporta y coloca en el nuevo lugar elegido.

Emparvando se puede aprovechar mejor los residuos de la trilla.—Cuando se trilla en el rastrojo se pierde la mayor parte del grano que cae al terreno y lo aprovechan generalmente las aves silvestres.

En cambio, cuando se trilla trigo emparvado cerca de las casas, este alimento es aprovechado por las gallinas y las otras aves de corral.

Además, la paja queda siempre a mano para ser utilizada y para defender la huerta y otros cultivos, quemando las langostas a medida que van naciendo en caso de una invasión.

Los rastrojos se desocupan más pronto.—Como el trigo que se emparva permanece menos tiempo en el campo, el rastrojo se desocupa más pronto y queda libre para poner animales o para prepararlo con destino a las siembras próximas,—y ya se sabe que en agricultura ganar tiempo significa ganar dinero,—aparte de que cuanto más temprano se ara el rastrojo, mejor quedará la tierra por sus condiciones de fertilidad y limpieza.

El emparve resulta económico y no aumenta los gastos de trilla.—Algunos agricultores que reconocen las ventajas del emparve, dejan de realizarlo por creer que aumenta los gastos.

Esto es un error,—y aun suponiendo que hubiera algún pequeño gasto extraordinario—estaría más que compensado, al "mejorar" la calidad de la cosecha y al "asegurarla" contra los perjuicios de las lluvias y temporales.

Pero es el caso que el gasto que el agricultor cree ahorrar al no efectuar el emparve, lo hace después al pagar el acarreo de las gavillas a la trilladora, desde que trillando en el rastrojo se necesita más personal y más tiempo,—y ya se sabe que ese aumento de personal y pérdida de tiempo no lo va a costear el dueño de la trilladora, sino el agricultor.

Indicaciones generales para efectuar un buen emparve.—Demostradas las grandes ventajas del emparve, es necesario insistir en que estas ventajas sólo se consiguen "emparvando bien", pues las parvas mal hechas no defienden al trigo de las lluvias.

A continuación encontrará el agricultor las principales indicaciones para efectuar un buen emparve.

Lugar donde deben hacerse las parvas.—Las parvas deben levantarse en lo posible en un terreno cerca de las casas y bien situado para acortar distancias en el acarreo de las gavillas y facilitar la llegada y el trabajo de la trilladora.

El terreno debe ser seco y con alguna pendiente para las aguas de lluvia, resguardo de los vientos fuertes del sur, si esto es posible.

Forma y tamaño de las parvas.—Las parvas se hacen de bases "circular o cuadrangular, con los dos lados inclinados hacia afuera, de modo que queden más ensanchadas en la parte donde empieza el techo.

El techo debe estar bien levantado en el centro, para que corra el agua de lluvia y tener una saliente para que esta agua no moje las paredes y la base de la parva.

Es mejor no hacer parvas muy grandes, para concluirlas más ligero y no dejarlas a medio hacer en caso de lluvias.

Las parvas chicas son también más sólidas y resistentes a los vientos.

Base o cama de la parva.—Elegido el lugar, se prepara la base o "cama" de la parva marcándola bien en el suelo, según la forma adoptada, y se levanta un poco la tierra; después se ponen unas camadas de paja o pasto bien seco, hasta medio metro de altura, para que las primeras gavillas no estén sobre el suelo.

Como se sigue el trabajo.—Preparada la cama, se van colocando las gavillas por camadas bien parejas y se aprietan con cuidado. Nunca debe emparvarse trigo húmedo o con malezas que no se han secado completamente, pues la humedad lo perjudicaría.

En las hileras exteriores se ponen las gavillas con las espigas para adentro y se van cruzando con las otras, tratando siempre que queden bien parejas, para lo cual la descarga y colocación de las gavillas debe hacerse por distintos lados.

La parva se va levantando con las paredes o lados un poco inclinadas para afuera, como ya se ha indicado al hablar de la forma, hasta llegar a la altura en que se empezará a hacer el techo.

Techo de la parva.—El techo, llamado también "sombrero" o "caballete", se empieza a construir disminuyendo la superficie de las camadas, de modo que sus lados queden inclinados hacia el centro. Debe ser de forma más o menos "cónica" en las parvas de base circular y de "dos aguas" por lo menos en las parvas de base cuadrangular, llamadas "sierras".

Se tiene cuidado de empezar el techo a la misma altura de todos los lados y se hace bien unido, por lo menos de 10 centímetros de espesor, para que no entre el agua de lluvia al interior de la parva. Pueda hacerse un buen techo con paja brava trenzada con barro o con paja de centeno.

Conviene mucho disponer de lonas enceradas para cubrir las parvas en caso de lluvia mientras se están levantando o cuando se realiza la trilla, y en general para resguardarlas mejor de las lluvias en cualquier momento.

Desagüe y solidez de la parva.—Es necesario hacer todavía alrededor de la parva una zanjita o canaleta para recoger el agua de lluvia que caiga del techo o que venga de los terrenos vecinos.

Esta agua se hace salir a la parte más baja del terreno, tratando que en ningún caso entre en la parva, pues entonces se perdería el trigo con la humedad, empezando a "grillar".

Terminada la parva conviene cruzarla con algunos alambres que se atan en piedras grandes, para darle más resistencia a los vientos. También en las parvas de base circular puede clavarse un tronco bien derecho y fuerte en la parte central, para que sirva de guía y sostén de las camadas de gavillas.

Cuando se note que la parva se ladea debe apuntalarse en seguida y revisarse también el techo, para que nunca pueda entrar el agua de lluvia.

De la historia de Buenos Aires

La fiebre amarilla

En 1858, una fiebre amarilla de carácter epidémico, reducida a los estrechos límites de un solo barrio de la ciudad, hizo de trescientas a cuatrocientas víctimas. Como la misma enfermedad se había presentado el año anterior en la vecina ciudad de Montevideo, se produjo una profunda impresión de terror, y fué causa de que un gran número de sus habitantes huyeran hacia los distritos rurales; pero como la epidemia había sido de corta duración y sus efectos en alguna manera limitados, se creyó que las condiciones sanitarias de la ciudad eran tan perfectas que impedirían el desarrollo de tan horrible mal y se levantó una queja general contra los encargados de la cuarentena por falta de vigilancia, permitiendo la introducción de tan exótica enfermedad. A pesar de los frecuentes ataques de la viruela y la escarlatina, de la fiebre tifoidea y de la mortalidad causada por el *tétano infantum* (vulgarmente llamado "mal de los siete días") y de otras enfermedades comunes de los niños, prevaleció aún en el espíritu del pueblo la idea de la salubridad de la ciudad.

En 1867, el cólera asiático hizo su primera aparición, y volvió al año siguiente, extendiéndose sus estragos a la campaña inmediata y aun a la mayor parte de las provincias del interior.

Mucho mayor hubiera sido, sin duda, la alarma en Buenos Aires, si se hubiese dado una publicidad periódica a los efectos desastrosos de las lecciones de la naturaleza, que en ningún caso permite que sus leyes sean impunemente violadas. Digo que hubiera sido mucho mayor la alarma, porque entonces el pueblo habría tenido conocimiento de que el número de muertos había alcanzado a 8.029, o sea 49,9 por mil de la población total en 1867 y al 38,9 por mil en 1868.

Tal como era, sin embargo, el mal produjo algunos buenos resultados; se emprendieron obras para proveer de aguas corrientes a la ciudad, y la limpieza de las calles y otros detalles sanitarios, comprendidos en la esfera de la policía municipal, se hicieron con más regularidad y eficacia.

El año 1869 fué peculiarmente favo rable para determinar las verdadera condiciones sanitarias de la ciudad, n habiendo entonces epidemia en Bueno Aires, y siendo la salud general, segú todas las apariencias, perfectamente satisfactoria. En ese año precisamente se levantó el censo de la población y esa fué la oportunidd indicada para estudiar la verdadera naturaleza de la ciudad como centro habitable y examinar el estado de su cuenta corriente entre la vida y la muerte, teniendo siempre presente que después que desaparecen las grandes epidemias, la próporción de la mortalidad disminuye de una manera notable. Si entonces se hubiese hecho y publicado una relación de la estadística vital habría mostrado una mortalidad de 5.982 en el último año, o sea 33 por 1000 sobre los habitantes que acababan de ser contados, y se habría demostrado que con esa proporción usual, Buenos Aires no podría pretender ventaja alguna sobre las demás ciudades civilizadas, en las que — aun incluyendo las más populosas de Europa y América — el término medio de defunciones es mucho menor con muy pocas y marcadas excepciones. Entonces se habría evidenciado la existencia de causas permanentes cuya remoción era indispensable para mejorar la salud pública. Se había descubierto también que esas causas tendían a aumentar la fuerza de las epidemias y que era necesario algo más que la mera defensa de la ciudad contra la invasión del flagelo (aun cuando, lo que rara vez sucede, esa defensa fuese eficaz), cual es la purificación de la ciudad misma, para hacer que fuera sana en todo tiempo, y para disminuir la virulencia de la enfermedad en caso de una visita extraordinaria.

En 1870, la paz y tranquilidad reinaban sin disputa en la ciudad, la salud general parecía buena, los inmigrantes afluían en un número hasta allí sin precedentes, el trabajo era abundante y bien remunerado, el capital se obtenía fácilmente y el comercio y la industria presentaban más actividad que nunca. Buenos Aires era todo contento, y miraba con evidente satisfacción sus visibles progresos, y el pueblo olvidó la posibilidad de otra epidemia, suponiendo que los vigilantes centinelas serían bastantes para impedir su entrada a la ciudad. La verdad es que en ese año la proporción de la mortalidad fué de 1.5 por 1000 más baja que la del año anterior, aunque todavía muy superior a la de otras ciudades cuya comparación con Buenos Aires era permitida.

Esta situación continuó sin alteración hasta los primeros días de 1871 en que se constataron algunos casos de fiebre amarilla en el extremo sud de la ciudad. ¿Cómo había entrado el enemigo y quién era el culpable por su negligencia? La investigación era inútil; la fiebre amarilla, la terrible fiebre amarilla estaba en todo su rigor, y los espantados habitantes sólo se ocupaban de pensar con ansiedad cuál podría ser la intensidad, y cuál la extensión que esta visita alcanzaría.

Todos, familias e individuos los que podían hacerlo, abandonaban la ciudad buscando un refugio contra la muerte que se les presentaba a la vista.

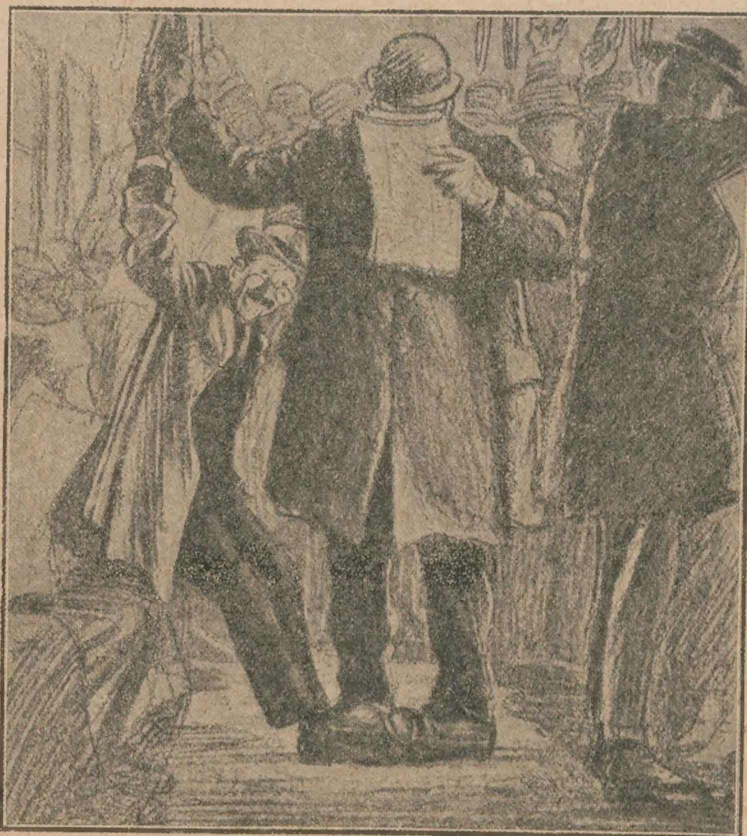
Entretanto, el flagelo se extendía con rapidez y a medida que se extendía ganaba en intensidad. Alcanzó el máximum de su intensidad en abril, y desde entonces fué decayendo gradualmente hasta fines de mayo o principios de junio, en que ocurrieron los últimos casos.

La epidemia había dominado toda la ciudad. Sus estragos fueron espantosos; 106,5 de cada 1000 habitantes murieron ese año, incluyendo en la población como 60.000 personas, que se salvaron huyendo a los distritos rurales. Semejante mortalidad estaba más allá de toda suposición; uno sobre cada nueve habitantes es una proporción que no tiene precedentes en los países civilizados en el siglo XIX; ni es posible describir los sentimientos de angustia y de terror que se apoderaron de los que sobrevivieron. Se tuvo entonces la dolorosa evidencia de que las condiciones higiénicas de Buenos Aires eran en extremo desfavorables y que era asunto de la mayor urgencia investigar y remover las causas del mal, cualesquiera que fuesen los sacrificios que esto costase. Bajo las sugestiones y consejos de la ciencia y la experiencia, se dió principio desde luego a las obras de salubrificación, a cuya terminación habremos adquirido esa salubridad tan deseada, que es siempre la recompensa de los esfuerzos que el hombre hace para asegurarla.

La lección fué muy severa.

Guillermo RAWSON.

EN EL SUBTE



La víctima del hombre grande. — ¡Bien hecho! Ya se ha pasado una estación y lo voy a dejar ir veinte cuadras más...

Los fumadores de hachich

Generalmente los aficionados al paraíso artificial del cáñamo indio o hachich, lo mastican, pero también hay fumadores de hachich en Creta, Turquía y Siria, según cuenta en "Encephale", Mr. A. Hesnard.

La substancia que fuman es un extracto impuro reducido a pequeños fragmentos o a polvo, de color castaño, que produce un humo acre e irritante.

Se fuma en una pipa de las llamadas narguile, y se mantiene la combustión por medio de ascuas de carbón de leña. El fumador aspira profundamente el humo y lo retiene el mayor tiempo posible. Unas cuantas bocanadas de humo sirven para producir la embriaguez, la cual se manifiesta por una gran excitación. El fumador charla, se agita y se entrega a una mímica exuberante, al mismo tiempo que sus movimientos pierden la coordinación, y su rostro se pone abotagado. Si se acostumbra a fumar la droga, cambia rápidamente, se pone embobado, pierde la energía y cae en un estado de decrepitud que puede llegar hasta la demencia definitiva.

Talismanes de batalla

Durante la Edad Media, dábase el nombre de "talismanes de batalla" a ciertos amuletos que los guerreros llevaban siempre consigo, creyendo hacerse así invulnerables. Uno de los más usados era una especie de camisa con figuras de demonios pintadas, que se ponía bajo la armadura, y se llamaba ordinariamente "camisa infernal". Otro talismán de gran valor era un hueso del dedo pulgar de San Sergio, que se incrustaba en el puño de la espada; no cabe dudar de que los tales huesos, de ser legítimos, no podrían poseerlos muchos guerreros.

Algunos valientes no se contentaban con un solo amuleto, y llevaban la empuñadura de su espada convertida en un verdadero relicario; en la del paladín Roldán había nada menos que un pedacito del vestido de la Virgen, un diente de San Pedro, unos cuantos pelos de San Dionisio y unas gotas de sangre de San Baudilio.

Cuando empezaron a usarse las armas de fuego, se recomendaba mucho llevar en el bolsillo un trocito de pergamino con estas palabras cabalísticas: "Ibel+labes+chabel+habel+rabel". Contra las balas de cañón, que en un principio eran de piedra, había el siguiente conjuro, que debía decirse en latín:

"Te conjuro, piedra, por San Esteban el protomártir, apedreado por los malditos judíos, que no me toques a mí, siervo de Nuestro Señor."

En diferentes épocas se dictaron leyes condenando el empleo de tales amuletos y conjuros, sobre todo en Francia, donde su uso se consideraba ya como ilegal en el siglo VII; pero esto no ha impedido que lleguen hasta nuestros días.

Notas femeninas

Cuando leáis esta crónica, el dios Momo, rey de la locura, habrá otra vez repiqueteado a nuestros oídos sus locas campanillas, francas y espontáneas unas, forzadas y tristes otras.

Estoy por decir que su imperio casi ha concluído, empeñándose algunos en querer hacerlo revivir. El carnaval callejero es el que todavía subsiste, y tan sólo se ven algunos niños que ostentan en las calles sus alegres y variados disfraces.

En las reuniones sociales y bailes es donde se ven disfraces que realmente vale la pena admirar.

Como en años anteriores, hemos visto legiones de aldeanas más o menos legítimas; trajes regionales, casi todos ellos lujosos y auténticos, recordaron a cada uno su terruño o país natal.

Las gitanas que roban los corazones con sus miradas ardientes, podrían contarse a centenares; las encantadoras marquesitas del tiempo de Wateau volvieron a enloquecer con sus gracias a los *blases* de nuestros días sin contar los trajes históricos de todos los tiempos y edades pasadas, que por contarse millares, queridas lectoras, me es completamente imposible enumeraros.

No debo olvidarme del clásico dominó negro, o de cualquier color, que es siempre de moda, y cuando se trata de conservar sobre todo el incógnito, es la prenda por excelencia.

Para complaceros, he agrupado unos cuantos trajes de fantasía para bailes y reuniones de la "mi-careme", de gran efecto, lujo y elegancia.

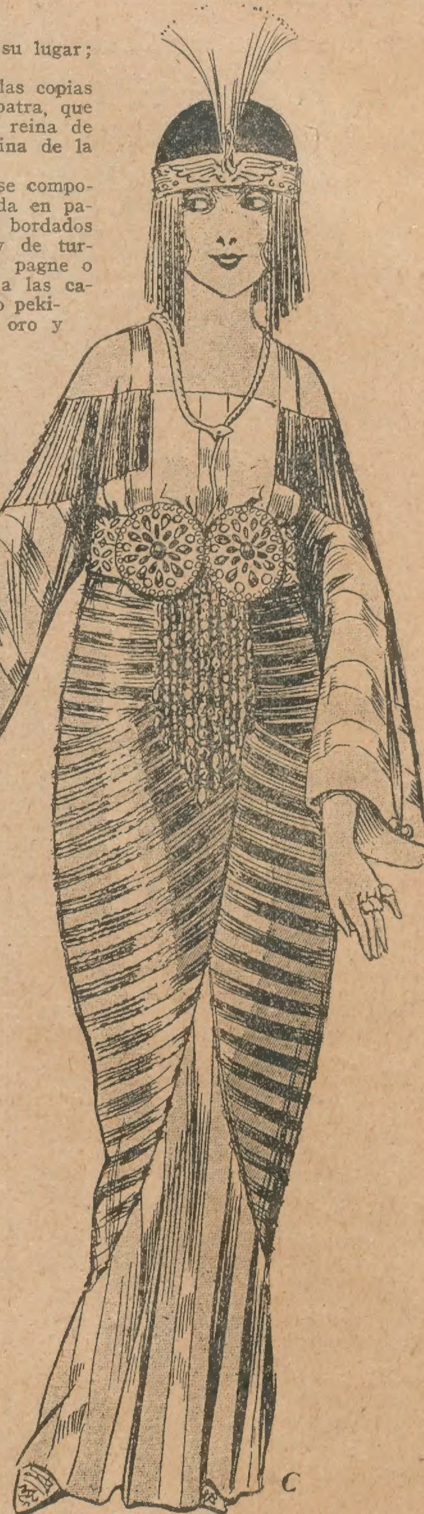
Como novedad, sobre todo, tenemos uno que representa el *moño alsaciano.* Se compone de un *fourreau* de taffetas negro, con otro todo *perlé* en cristal y el moño que toma el cuerpo-mangas con caídas largas, con fleco de perlas que forman túnica.

Pequeña cola de perlas. Las mangas son abiertas sobre los brazos y llevan unos cordones de perlas que las retienen en su lugar; igual cordón para las hombreras.

Los dos trajes B y C son dos bellas copias de trajes históricos de la reina Cleopatra, que como bien sabéis, además de ser la reina de Egipto, era reina de la hermosura.







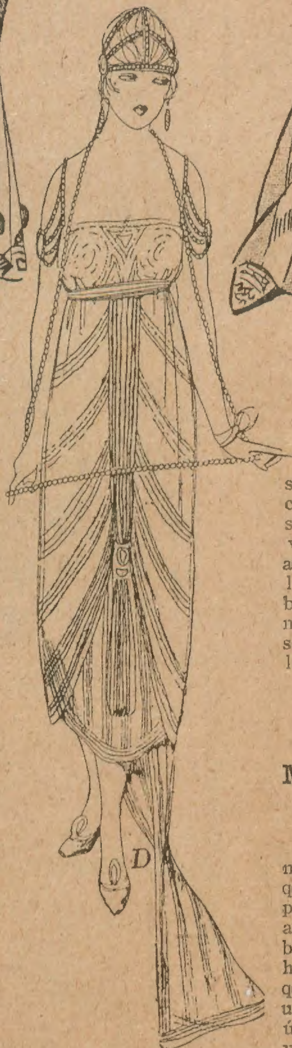
El primero se compone de una falda en paño de oro, con bordados de azabache y de turquesas con un pagne o túnica ceñida a las caderas, en ancho pekinado *lamé* de oro y turquesa muerta. El cuerpo es rojo en *lamé* de plata; collar de turquesa. Cintillo de turquesas en aro de oro, con el ave de los Faraones adelante, o sea el Ibis sagrado, aprisiona la cabellera.

El segundo es inspirado en el mismo estilo y se compone de una falda en *lamé* rosa y plata con túnica o *pagne* en tubos "claro de luna" sobre tul o muselina de seda gris plata.

Aquí en este traje, el adorno del cuello es una serpiente de oro que muerde la cola para recordar la muerte de Cleopatra, la que se hizo picar por un áspid para no caer viva en manos del vencedor.

La toilette que figura bajo la letra D es de estilo moderno, siendo de tul blanco rebordada en *strass,* recubierta en *pailleté* de cristal. Las hombreras son hilos de crista y perlas que caen sobre los brazos. Larga cadena de perlas: diadema en forma de media-mitre en *strass.*





No me queda más que la toilette para describiros: no obedece a ningún estilo y es tan solo una graciosa fantasía que requiere mucha gracia y mucho *chic* para llevarla con gallardía.

La falda viene a ser un angosto *fourreau* de raso negro u obscuro, con rosas japonesas bordadas en tonos rojos y blancos. Una gran *echarpe* en *lamé* plata se cruza atrás, en la espalda y lleva un largo fleco de plata, todo alrededor envolviendo completamente la persona y dejándole tan solo los brazos al aire, que serán completamente desnudos, con una sola pulsera negra de carey o azabache, colocada en la parte superior del brazo.

A. de DAUMONT.

Modo de quitar las manchas de los muebles barnizados

Las manchas de los muebles barnizados, producidas por el agua, se quitan vertiendo en un recipiente un poco de aceite común al que se le añadirá algunas raspaduras de cera blanca, caliéntese luego el recipiente hasta que se derrita la cera, y aplíquese en seguida sobre las manchas un poco de esta mezcla. Frótese, por último, con un trapo hasta que vuelva a adquirir la madera el uniforme y primitivo brillo.

PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO. – ELECCIÓN DE SUS CANDIDATOS





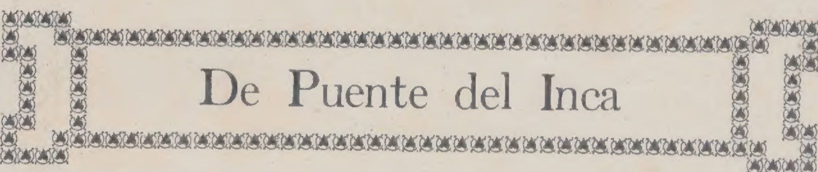
El Partido Socialista Argentino realizó el 24 de febrero último, en el local Córdoba 1150, la elección de los candidatos a diputados nacionales que presentará en los próximos comicios. El escrutinio dió como triunfantes a los señores doctor Alfredo L. Palacios y Alejandro Mantecón. Este último presentó su renuncia y, en sustitución, fué elegido el señor Juan Mantecón. — A la izquierda: la comisión de propaganda compuesta por los señores Spika, Palacios y Alberti. A la derecha: un afiliado firmando el libro de control para correligionarios y delegados del partido.



Momento en que un elector deposita su voto.



Los fiscales que presidieron la votación, cuyo cargo correspondió a los señores A. Mantecón, Calarco y Castelltor.



De Puente del Inca



La señorita Julieta Casella, al subir al coche.



Señores Testoni, Balli, Rolarino y Raggio, en el Hotel Cuevas.



Señorita Nélida Maumus, una de las simpáticas veraneantes.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires


43